

RAROS SOMOS

Juan Salazar Piedrahita

Ilustraciones María Clara Serna



Fondo Editorial
Comfenalco Antioquia

Raros somos

© Juan Salazar Piedrahita, del texto

© Comfenalco Antioquia, de esta edición

2024

Comfenalco Antioquia

ISBN 978-958-8479-43-9

Esteban Gallego Restrepo

Director

Carolina Franco Giraldo

Gerente de Bienestar Social e Intelectual

Liliana Galeano Sarmiento

Gerente de Empleo y Emprendimiento

Leidy Johana Galvis Mejía

Líder Servicios Bibliotecarios

Diego Aristizábal

Editor

María Clara Serna

Ilustración

Paola Andrea Cardona

Corrección de estilo

Manuela Correa Upegui

Diagramación y diseño

Taller Artes y Letras S.A.S.

Impresión

Medellín, Colombia. Agosto de 2024

Comfenalco Antioquia

Carrera 50 No. 53-43

Impreso en Colombia - *printed in* Colombia

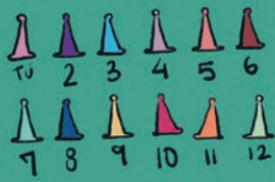
Queda prohibido, sin la autorización escrita de los editores, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

CONTENIDO

Nacimos incluidos	5
Roja	11
Común y corriente	19
Cuando las cosas funcionen distinto	33
Cielo abierto: mina cerrada	43
Mudanzas	51
Amor por la morada	59
Ver para creer	77
Estamos en la nube	87
Abracadabra	99
Piecitos de libros	107
Kirame.	117



Jugadores



Vías alternas



Nacimos includidos

Este libro se basa en la experiencia acumulada: en el encuentro y diálogo de varias vidas —incluyendo la suya, lector—, y en las formas en que estas se despliegan para hacer preguntas y entender —intentar entender— las geometrías de la inclusión social: sus múltiples significados. Este libro narra a la inclusión. Es nuestro propósito.

Ahora bien, para saber de inclusión tenemos que saber de exclusión. Es curioso. Para darle un sentido a la primera se necesita enmarcar la segunda: para que una signifique se necesita de la otra. Es una relación dialéctica. No existen sociedades completamente incluyentes: *existen sociedades excluyentes*. Las fuerzas de la inclusión y la exclusión están en constante tensión.

5 Por ejemplo, este libro. Su autor es blanco, hombre, heterosexual y de clase media. Es alguien privilegiado, sin duda. Entonces, ¿por qué no escoger a una autora excluida históricamente? ¿Por

qué no una mujer negra? ¿Por qué no una mujer trans negra? ¿Por qué no una mujer trans negra y usuaria de silla de ruedas? ¿Por qué no una mujer trans negra, usuaria de silla de ruedas, víctima del conflicto? ¿Por qué no una mujer trans negra, usuaria de silla de ruedas, víctima del conflicto, desplazada y con una neurodiversidad producto de las violencias que sufrió en la infancia?

Perdón. Mi intención no es banalizar o burlar las capas de exclusión: mi intención es dar cuenta de sus complejidades —y de las responsabilidades. Lo que quiero decir, primero, es que este libro partió de la exclusión de otras vidas —tanto de la selección del autor, como de sus espacios, contextos, fuentes y relatos dentro de las historias—; segundo, la exclusión no es un concepto sencillo de enmarcar porque está atravesado por infinitos factores de privación; tercero, que, con base en lo anterior, la inclusión no se basta con un solo acto —remedio o solución— hacia unos actores y sus necesidades; cuarto, que este libro no pretende ser una botica de buenas prácticas y ejemplos para redimir la exclusión; y, quinto, a pesar de lo anterior, el desarrollo y materialización de este proyecto pretende ser universal porque representa unas formas de inclusión y exclusión que van más allá de un departamento como Antioquia.

Ahora sí, la exclusión: la exclusión es una *injusticia*: «El concepto se ubica en la intersección de dos dimensiones de la justicia social: la mala distribución y la falta de reconocimiento», dijo la filósofa

Nancy Fraser en su conferencia *Redistribución, reconocimiento y exclusión social*. En ese sentido, la exclusión está en la carencia y en la discriminación: en lo económico y en lo cultural —en la identidad. Se excluye porque no se deja tener y porque se es, o porque se es y, por ende, no se deja tener. Un ejemplo, dos de los departamentos más pobres de Colombia están habitados en su mayoría, uno, por población indígena, y dos, por población negra: La Guajira y Chocó. Son pobres por su identidad, porque se les ha racializado. Y es injusto: es una injusticia. Y no es una mera coincidencia: «La exclusión es una construcción reglada, ordenada, singularmente coherente», escribe el filósofo Saül Karsz, en *La exclusión: bordeando sus fronteras*. Y continúa: «La exclusión, en efecto, no existe en el aire, sus formas y contenidos son concretos y materiales». Esas formas y contenidos no se pueden evidenciar en porcentajes; mejor: esas formas y contenidos no se pueden sentir y acomodar y atravesar y calar en porcentajes —eso creemos—: por eso para el desarrollo de este libro acudimos a la crónica periodística. Parafraseando a Martín Caparrós: la exclusión no existe fuera de las personas que la sufren. El tema no es la exclusión o la inclusión; son esas personas.

Este libro cuenta la historia de catorce personas, también la vida de cientos de habitantes de un barrio de Medellín y de decenas de mujeres que trabajan en una mina de un municipio de Antioquia. Una usuaria de silla de ruedas, un adulto mayor ciego, dos madres campesinas,

un profesor de sistemas, una lideresa social, un rapero y un profesor rural.

Todas ellas están en este libro gracias a las idas y vueltas y reflexiones del equipo de Bibliotecas y de Empleo y el autor —yo—, y, en ese sentido, tienen alguna relación con Comfenalco Antioquia: o son trabajadores o usuarios o beneficiarios o hacen parte de algún programa o proyecto o, simplemente, han asistido a algún taller de la Caja. Y lo anterior es importante nombrarlo porque, uno, es parte de la transparencia de este proyecto; y, dos, porque da cuenta, en general, de la relevancia de las cajas de compensación como gestoras de inclusión social en el país.

Ahora, esta publicación no narra historias de varias poblaciones —la inmensa mayoría— que históricamente han sido excluidas: personas trans, con discapacidades psicosociales, de talla baja, afrodescendientes, personas internas en las cárceles, exiliadas, refugiadas, inmigrantes, consumidoras de drogas, trabajadoras sexuales, trabajadoras domésticas o empleadas del hogar, mujeres abusadas sexualmente, sobrevivientes de violencias basadas en género, minorías religiosas, y así, incluso, no cuenta historias de páramos o ríos o animales no humanos —sujetos de derechos, también. Y no es menor, y hay que nombrarlo.

—Hay vidas más tristes que el más triste de los libros.

Yo digo:

—Exactamente. Por muy triste que sea un libro, nunca puede ser tan triste como la vida.



«A la inclusión hay que ponerle el apellido: debería decirse “inclusión para...” ¿Inclusión para qué? ¿Inclusión para quién? Ahí está el fondo de su significado».

Gloria Ospina

El anterior es un diálogo de *Claus y Lucas*, de la escritora húngara Ágota Kristóf, quien escribió una novela triste, muy triste, pero también, de vez en vez, feliz e inocente y esperanzadora.

Este libro quiere dar cuenta de la complejidad de la exclusión (de sus dolores), pero dar cuenta, además, de las acciones —nunca suficientes, claro— que generan inclusión (de sus alegrías) y, desde ahí, con ese universo, provocar sacudidas; es decir, empatías. Como dice Maritza, una de las protagonistas de este libro, «es un asunto de retribución».

La relación dialéctica de inclusión y exclusión tiene metáfora: excluir es dejar afuera-estar afuera, incluir es dejar entrar-estar adentro. Desde el vientre de nuestras madres estamos adentro, siempre hemos ocupado lugares de contención, que nos dan la bienvenida y protegen: la casa, los amigos, las cuevas, el mar, la isla, la ciudad, la montaña... «Llevamos dentro el mundo desde el lugar de nacimiento», escribió el médico Andrzej Szczeklik, en su libro *Core*. Nacimos incluidos. Nacimos en solidaridad. Entonces, ¿por qué tanta distancia con la vida de los otros? ¿Por qué tanta exclusión?

Este libro pretende irradiarlo, rodearlo, estrecharlo y atravesarlo, lector. Para que recuerde que siempre hemos sido manada.



Roja

En la mañana, temprano, cuando el sol empieza a iluminar, el cuarto sigue de noche: está oscuro. Las cortinas moradas —pesadas y con tejidos de flores— no dejan entrar las luces de los rayos. No se ve el dibujo de mariposa ni el de jirafa, que cuelgan en la pared; tampoco se ven los muñequitos de *Star Wars* ni los *stickers* con hongos, ojos, gatos, manos y mujeres en el marco del espejo; tampoco las fotos. Seguramente, el pájaro cantó y alguien ya se bañó y está en la calle y ya inició su jornada, pero, por ahora, aquí, todavía, es de noche: está oscuro.

Siempre lo mismo: despertar. La alarma del celular, el dedo con la uña larga, afilada y con punticos y una línea morada, que la apaga; un bostezo, los brazos estirados y levantarse. Siempre lo mismo: levantarse.

11

María Alejandra prende la luz blanca; el cuarto se ilumina sin atenuaciones. Vuelve a bostezar. El pelo negro con unos mechones azules brillantes

y las cejas delgadas, en arco, y la nariguera. Es sábado y, como siempre, como todos los viernes, sábados y domingos, tiene que estudiar. Hoy le toca con el profesor «mala clase», el que no les da espacio para almorzar, el que prefiere el aguardiente y no la cerveza porque se siente más «arriero», más macho, más antioqueño.

María Alejandra tiene pereza, sí, normal, pero mejor salir y no estar en la casa: el espacio compartido le abrumba. Mejor callejear y no encontrarse con su hermano y decir buenos días. Mejor coger la moto y tener el tiempo justo para estar sola en el camino, sin que le hablen ni la miren ni la toquen. Solo tiene que respirar profundo —eso le dijo la psiquiatra. Ese es el objetivo: inhalar y exhalar para alejar esos pensamientos: para no pensar que alguien le hará una pregunta incómoda, que alguien le va a decir que se tomen una foto, que alguien la va a saludar y va a querer estrechar su mano, o que un hombre desconocido le va a guiñar el ojo.

«¿Pero cómo me pide que respire hondo si tengo un taco aquí?», pregunta María Alejandra. Su dedo señala el cuello.

* * *

A María Alejandra le sudan las manos, empieza a temblar, la voz se le entrecorta, evita mirar a los ojos de los otros, se disculpa, siente calor —mucho calor—, su cara se pone roja —muy roja—, primero los cachetes, luego la nariz, la frente y el mentón,



luego el pecho; el cuerpo le rasca, suda más —caen gotas—, se sienten las manos empapadas, las ideas se cortan, su frente está húmeda, se excusa, repite «que», repite «eh», se queda en silencio, siente cómo el cuerpo colapsa, ella piensa en cómo colapsa, ella piensa en cómo el otro se da cuenta de que colapsa, y llora. Bueno... en realidad ya no llora, ya no: eso le pasaba en el colegio: un profesor le preguntaba algo y, de nuevo, el sudor, el calor, los pensamientos y... las lágrimas. En ese momento, los niños se reían de ella: se burlaban de su cuerpo y de lo «rojita» que era. Si tenía alguna exposición debía preparar el tema durante horas y días para no dejar «cabo suelto» y, así, evitar preguntas que la derrumbaran. Los profesores sabían que si se ponía roja no sabía. Ella tenía que esforzarse más que los otros.

Incluso mentir era un esfuerzo: su mamá le hacía preguntas constantemente para ver si decía verdades o no: se sabía que el cuerpo la delataba y ante el mínimo sudor en la frente... ¡Ay! ¿Usted me cree boba? —le preguntaba su mamá. Entonces, pues, tenía que controlar todo: no hacer daño, no desobedecer, cumplir, no esconder, no hacer travesuras, no romper, no olvidar, ser responsable, estar atenta, grabar bien las órdenes, etcétera, etcétera. Y esto mientras el hermano, al lado, tranquilo: siendo niño como si nada: mintiendo de vez en cuando, como si nada. ¿Tú rompiste esto? No. ¿Estudiaste? Sí. ¿Te tomaste unos tragos? No. Y el cuerpo del hermano en perfecta alineación, porque a eso sí se le cree: se le respeta.

Un día, María Alejandra estaba junto con su mamá, caminando en la calle, y su mamá miró a un hombre, un hombre lindo; él le guiñó el ojo: ¡A ella! Y ella se puso rojísima y miró a otro lado, disimulada, seria. Nunca la había visto tan incómoda. «Ay, ¿será que yo me veo así? ¡Qué pena!», recuerda María Alejandra; eso pensó cuando vio a su mamá. «Sí, sí me veo así, obvio, ¡y peor! El asunto es que mi mamá disimula y sabe controlarlo. Yo no. Mi cuerpo me odia».

En la adolescencia, cuando salía con los niños a comer helado y caminar o ir a cine, a ellos se les daba, a veces, por coger su mano y entrecruzar dedos. Tiernos. Pero, entonces, los pensamientos se volcaban a esas palmas juntas y el calor subía y empezaba a sudar. Los dedos se resbalaban. Cuando un niño le hablaba ella se ponía roja y el otro se iba pensando, victorioso, que estaba nerviosa por él: que le gustaba. Y el hombrecito sabiéndose —creyéndose— hombre porque la incomoda. Y ella:

—Siempre ha sido así. Siempre se aprovechan.

* * *

María Alejandra estudió Ingeniería Ambiental, pero se retiró después de año y medio porque tenía que relacionarse con gentes. Tenía salidas de campo y que hacer encuestas, entrevistar, saludar y preguntar, averiguar y empatizar con los otros. «Ir a la comunidad», dice: hablar sobre gestión agrícola o



minería o control de residuos u ordenamiento territorial... Tenía que ir a veredas, a corregimientos, a pueblos y «tener la incertidumbre de con quién me iba a encontrar». Es decir, no saber si en esas reuniones iba a estar el extrovertido, el charlador, el bacán, el chismoso, el galán, el abrazador, el abusador... Y ella sí-sí-sí, sonriendo, tímida y la cara roja y el sudor en la frente y el temblor en el cuerpo. Y el otro notándolo y haciendo más chistes.

Renunció y empezó enfermería. Eso hace tres años. María Alejandra tiene veintitrés. Su primer trabajo fue en Comfenalco Antioquia, en Gestión del Conocimiento; era la única representante en los municipios del Occidente de Antioquia y, por eso, tenía que hablar y dar ideas: que cómo mejorar el rendimiento de los trabajadores, que compartir y generar proyectos innovadores, que difundir la información entre empleados de la región... Y así. María Alejandra daba una idea y se ponía roja y «marica, la cagué: ¡Qué barbaridad estoy diciendo! Me estoy equivocando y empiezo a mochar ideas, a titubear, y pienso: ¿Qué fue lo que dije? Y miro a la gente y ellos me miran...». Las gentes responden y dicen que sí, que es buena idea, entonces, el calor físico disminuye.

Una jefe de Comfenalco le dijo, una vez, que se valía equivocarse, y ella lo repite una y dos veces y tres y en cada reunión: «Se vale equivocarse». Y veía a sus compañeros hablar, como si nada, sin ningún tomate en la cara: sin sonrojarse un poquito. Relajados.

—Mi vida no hay que inventarla. Para las entrevistas laborales es brutal: me pongo roja y me imagino que van a decir que soy insegura, que digo mentiras. De hecho, a veces les digo: ay, discúlpenme, pero es que esto me pasa desde que soy chiquita. Incluso, me han hecho entrevistas telefónicas y me empieza a temblar la voz y el calor me ofusca...

Después de un año en Comfenalco renunció y comenzó a trabajar en el Hospital Regional San Juan de Dios, en Santa Fe de Antioquia; allí estaba en radicación, en un espacio reducido con bloques de papeles con solicitudes, quejas, trámites de historia clínica, facturas y demás. Y le gustaba porque no estaba en su casa, porque no tenía que atender usuarios ni hablar con muchos compañeros. Ahora... a veces había actividades de integración y, en una ocasión, por ejemplo, se inventaron dizque el día del abrazo y la gente abrazándose y abrazándola, y en una de esas el fotógrafo institucional le dijo que una foto con un compañero y ella, incómoda, trató de sonreír. La foto salió en las redes sociales del hospital y «salí inmundada», recuerda María Alejandra:

—¿Te la muestro?

En la foto sonrío. Tiene un uniforme azul, una cadena de plata colgando, las uñas pintadas de rosado y dos anillos en dos dedos; está sentada y, al lado, un hombre sonriendo también; ambos ponen sus brazos sobre el hombro del otro; alrededor hay escritorios, sillas, computadores, impresoras y papeles. María Alejandra disimula una sonrisa, apretando los labios, sin mostrar los

Se vale
equivocarse

dientes. Su cara está roja... Muy roja. La frente brilla y los pómulos y el puente de la nariz y el párpado inferior hierven, como si estuviera insolada.

—Es una cosa inmunda, porque no es un sonrojo lindo, como el de los muñequitos de animé. No. Es que parezco un bombillo.

Algunos le dicen Fresita o Tomate. Y que tan tierna, tan especial. Que tan charra. Muchos la reconocen, claro, como la que se pone roja —Ah, no, para radicar esos papeles tienes que hablar con Aleja. ¿Y quién es Aleja? La que se pone roja. —Oye, la doctora me dijo que hablara con María Alejandra, que la que siempre se pone roja. —¡Ya sé! ¿Por qué no contamos la historia de una persona que trabajaba en Comfenalco, que siempre se ponía roja?

María Alejandra dice que por lo menos no la reconocen de otras formas: como la mala trabajadora o la grosera o la creída. Por lo menos. Pero tampoco la reconocen como la buena trabajadora, digamos. No sé: o la responsable o la que tiene buenas ideas o la que tiene el pelo de tal forma o la que tiene un aro en la nariz. El rojo en la cara es la forma de identificarla, pero para ella, pues... es la cruz: es su contexto y condición —digamos.

—Yo he pasado por cinco psicólogos y nada: no ha pasado nada. Hace dos semanas me dijeron que tenía un cuadro de ansiedad: que estoy roja, que estoy nerviosa.

Y que, de nuevo, respire.



Común y corriente

El sueño resultó reparador. Sí, su cabeza se acomodó en la almohada, no se levantó por el calor ni tuvo pesadillas. Ningún zancudo zumbó en la oreja. No tuvo que ir al baño a hacer chichí. Durmió derecho, sin interrupciones —por lo menos, eso es lo que Maritza recuerda.

Se levantó con esperanzas. ¿Por qué no? Vio el cielo desde su cama, acostada; el horizonte todavía a oscuras, el sol apenas saliendo. El edificio del frente tenía algunos bombillos prendidos y la montaña recibía, en la punta, los primeros rayos. Los pájaros cantaban. Pensó en lo que había soñado. Pensó —otra vez— en cómo el horizonte es distinto en una ventana y otra: en una rosado, en otra gris. Así se quedó unos minutos. Pensando. Finalmente, se levantó de la cama y estiró el cuerpo. Se bañó y mientras el agua caía escuchaba un podcast sobre derechos humanos —ese la tiene enganchada hace unos días. Preparó el desayuno, habló con

Tango y Milonga —los gatos—, los acarició, les dio comida y limpió la arenera. Preparó un café. El día parecía tranquilo: una reunión, organizar un taller y conversar sobre el libro de inclusión de Comfe —Comfenalco. Podía volver temprano y hacer yoga y, después, aprovechar y «jardiniar» —echarles agua a las matas y hablarles y cortar las hojas muertas.

Pensó que era un día lindo y podía ir a la oficina en un bus de Metroplús: coger algo de sol, ver gente, demorarse un poquito más. ¿Por qué no?

Bajó los diecisiete pisos en el ascensor. Saludó al vigilante. Buen día. Empezó a rodar. El camino con los árboles y los pájaros, el viento golpeando suave y las hojas cayendo. El ruido de las motos y los carros —normal. El sol ya arriba.

Entró a la estación y esperó el bus largo con el acordeón en el centro. No demoró, pero estaba lleno. Perdón. Perdón. Se acomodó al lado de la puerta y sostuvo el cuerpo agarrándose de un pasamanos frío. Tranquila. El bus no arrancó y llegó una persona con uniforme del sistema de transporte. La señaló:

—Usted, bájese. Ya va a llegar otro bus. Móntese en el siguiente.

Le dijo frente a todos: era una orden. Ella respondió que no: que no se iba a bajar. ¿Por qué ella? ¿Por qué no otro?

La persona insistió: que se baje: que se baje: que solo cabían dos usuarios de sillas de ruedas y que esos espacios ya estaban ocupados: que ella podía ocupar uno en el siguiente bus. Ella lo miró. El estómago hizo un nudo, la cabeza pesó,

en la garganta se acumularon insultos, reclamos, rabias, preguntas... No, no se iba a bajar.

Las gentes alrededor estaban en silencio: incómodas. El hombre la volvió a señalar: el dedo apuntando a su cara. Ella lo llamó irrespetuoso.

A Maritza le habían enseñado a entender el lugar de los otros: sus desconocimientos, sus creencias. Le habían dicho que tuviera compasión: que aceptara sus incapacidades para ponerse en los zapatos ajenos; que aguantara: que no valía la pena hacerse la guerra con la ingenuidad de las personas: ¿Para qué? «No ganas nada poniéndote brava»: mejor ignorar o, mejor, acompañar y así, poco a poco, las cosas cambian: la gente cambia.

—No, no me voy a bajar —insistió—; estaba furiosa.

El operador miró hacia adentro y señaló a las otras personas usuarias de sillas de ruedas:

—A ver. Uno de ustedes dos bájese porque la señora no quiere.

—Claro, mijo —respondió alguien— y empezó a moverse entre las gentes. Nadie abrió camino ni salió para darle paso: la silla de ruedas golpeaba piernas, la persona frenaba, cambiaba de dirección y seguía; era agotador: adelante-izquierda-atrás-adelante-de-recha... La gente parada, espichándose.

El corazón le latía muy rápido; se sintió mal y, finalmente, se bajó del bus, se acomodó en el sillín, se impulsó, soltó el freno y movió las ruedas. Indignada. Cansada. Triste.

Son las ocho y treinta de la mañana.

Un señor está en la puerta, afuera, «un hombre viejo y bajito», dice Maritza. El señor le dice —alzando la voz, seco, déspota— que él es usuario del Metroplús y que mejor se baje.

Ella escucha. Otro nudo. Hace calor: está roja, suda y tiene los ojos como charcos. «A ratos como... Bueno, te entiendo, pero a veces, ¡suerte! Si vos me tirás tu mierda yo te la tiro».

Le dice al viejito, con furia, que no se meta: «NO-SE-META».

Unos segundos después llega el otro bus, el que tenía vacíos los dos únicos espacios para usuarios de sillas de ruedas. Ella sube y el viejito le grita:

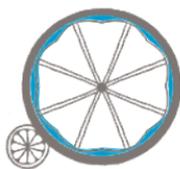
—¡Coja taxi!



Maritza nació en Venezuela, pero sus padres son colombianos; la familia migró en los años setenta. Luego, en los ochenta, retornaron a Colombia y echaron raíces en Medellín. Maritza era bebé, tenía tres meses cuando volvió.

Estudió Artes Plásticas en el Instituto de Bellas Artes. Allí duró año y medio porque —dice— estaba rodeada de muchos genios y, «¡ay, yo no tengo talento!».

En ese momento su único objetivo era ser «una mujer rebelde» —digamos— franca, altanera, tenaz y sensible. Si algo no le gustaba lo expresaba. Si algo no le gustaba buscaba maneras para no hacerlo. Por eso dejó la universidad y estuvo año y medio en otras cosas: viajando, trabajando,



leyendo y pensando qué estudiar. Hasta que se decidió por Psicología.

Meses después se accidentó; le dijeron que tenía que usar silla de ruedas para moverse. Eso fue hace veinticuatro años.

—Ahí empecé a hacerme preguntas que ya me hacía, pero, ahora, con el accesorio —la silla. La principal fue: ¿Cómo va a ser mi vida rodando?

El proceso lo hizo desde la curiosidad. Y no fue fácil, claro: le frustraba no poder subir de un piso a otro en lugares que solo se conectaban a través de escaleras; le hacía falta bailar salsa, «escobear» las piernas con otro o hacer senderismo: subir la montaña sintiendo las piedritas, la arena o el lodo resbaloso por debajo de la suela de los zapatos.

El edificio donde veía clases del pregrado de Psicología tenía cuatro pisos y no había ascensor ni baño. La universidad se adaptó a partir del quinto semestre —y adaptó a los demás— para que ella pudiera tomar las clases: todas eran en el primer piso, en el mismo salón —siempre— y con los mismos compañeros. Cada vez que un profesor tenía clase con la cohorte de estudiantes de Maritza, pues, iba al mismo lugar y veía a los mismos. Adicional, la universidad tuvo que hacer un baño en el primer piso —antes no había.

—A veces percibía la mirada lastimera, pero, pues, eso no trascendía: me resbalaba.

A ella le resbalaba; es decir, podía meter entre las ruedas ese pesar para que diera vueltas y golpeará el asfalto y se ensuciara y quedara pegado en el suelo —es un decir.

Se graduó y se matriculó en una clase de expresión corporal, en el Teatro Popular de Medellín. Recuerda que fue a la oficina para pagar y la secretaria la miró, volteó a otro lado, apenada, luego la volvió a mirar y, titubeando, le preguntó: «Ay, ¿y usted sabe que la materia es *expresión corporal*? Porque... Hay que brincar y correr y montarse...». Maritza le contestó con algo de suavidad: «Sí, yo sé, y no me importa: lo hago a mi manera».

El primer día de clase el profesor la miró y no le dijo nada: se presentó, los estudiantes se presentaron —lo de siempre: que por qué están acá, que qué hacen— y, bueno, manos a la obra: a mover y sentir el cuerpo.

—Y, parece, yo lo hice a mi manera, y, todo bien: sin lío.

Es decir, su cuerpo se extendió desde la cabeza hasta las ruedas y el accesorio, incluso, hacía parte de su expresión. Los compañeros le decían que tan bacano, que no se le notaba la discapacidad: que era de admirar. Blablablá.

—Y, pues, parece, okey. Todo bien, pero... ¡No! ¿Cómo así que no se me nota? En esa época yo no respondía a esos comentarios, dizque para no generar conflicto, pero ¿y por qué no? ¿Es que no se debe notar mi discapacidad para ser aceptada como una persona común y corriente? Pues es que si nadie la ve, pues no se hacen los ajustes razonables requeridos, y sin ellos, se están vulnerando los derechos de las personas con discapacidad. Entiendo que mi actitud no es derrotista, ni mucho menos,

pero es claro que sí soy usuaria de silla de ruedas, y eso no está mal y no tiene por qué estar mal... —Maritza hace una pausa. Antes no sabía esas cosas.

Un día cogió un carro y, como siempre, se sentó en el asiento del copiloto. El conductor la miraba y la miraba, a veces de reojo, a veces movía un poco el cuello hacia la derecha, hasta que, después de unos minutos, le preguntó:

—¿Y a usted qué le pasó?

—A mí, ¡nada! —Maritza miró hacia la ventana.

—Pues... ¿Por qué está así?

—¿Así, cómo?

—Pues... Con silla de ruedas.

—¿Y qué cambiaría si sabe la respuesta? —ahora sí mira de frente, ojo a ojo al conductor, quien no responde.

Otro día iba por la calle y una señora se le acercó: ¿Y usted por qué está solita? Venga yo le ayudo. —No, señora. No necesito su ayuda. Estoy bien.

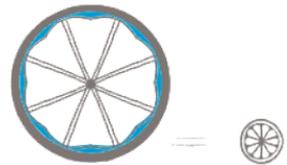
Otro día un desconocido le dijo que era muy valiente. —¿Y valiente por qué? Cualquiera persona se adapta a lo que sea.

—Hay un deber impuesto. Tener que enseñarle a todo el mundo, donde quiera que esté, a naturalizar las diversidades, a ratos cansa: es que yo no tengo que andar enseñando todo el tiempo; a veces, simplemente, no quiero explicar nada de mi diversidad. Y la gente no lo recibe bien.

El veintidós de enero de 2023 recibo un correo electrónico de Maritza. Dice lo siguiente:

Te pido ser muy cuidadoso con la manera de relatar esta información, porque me parece súper molesto cuando veo ese tipo de videos de entrevistas sobre "esas vidas ejemplares", donde las personas aparecen levantándose, desplazándose, haciendo todo tipo de cosas ordinarias que todo el mundo hace, con el fin de que el resto de la humanidad vea qué tan tesa es la gente, que "a pesar de su discapacidad", por ejemplo, o cualquiera sea su diversidad, hace lo mismo que el resto, como si nuestra cotidianidad fuese todo un acontecimiento digno de admirar y celebrar. Por ahí vi en internet una imagen de una mujer usuaria de silla de ruedas en Argentina, en una marcha del tres de diciembre, en el Día Internacional de los Derechos de las Personas con Discapacidad; ella tenía un cartel que decía: "No somos tu porno inspiracional", lo cual comparto absolutamente. Es solo para que lo tengas en cuenta, porfa. :)

Maritza empezó a trabajar, en 2005, con personas con discapacidad. Su abordaje venía desde la curiosidad, también: ¿Cómo generar conciencia? ¿Cómo generar oportunidades? ¿Es un tema de conciencia? ¿Es un tema social? ¿Qué es la vulnerabilidad? ¿Quién es vulnerable? ¿Cómo se es vulnerable? ¿Cómo se vulnera? ¿A quiénes se vulnera?



—Mirá. A mí me encantan las preguntas que la gente, en general, evade.

Y desde ahí viene cruzando tres líneas que, de vez en vez, se separan y se juntan: diversidad-inclusión-convivencia-inclusión-diversidad-convivencia. Y ha entendido: sin diversidad no hay inclusión: sin inclusión no hay diversidad: la diversidad y la inclusión invitan a la convivencia. Y ha concluido: todos somos vulnerables por el hecho de existir, pero no todos son vulnerados en sus derechos. Y ha respondido: trabajo para quienes son vulnerados, incluyendo a las personas con discapacidad, claro. Y también ha aceptado: hay que entender la vulnerabilidad desde un lugar «no bien portado», también desde la rabia:

—La rabia como emoción honesta porque habla de ti y de tu vulnerabilidad y, por lo mismo, genuina y sana, completamente humana.

En 2013 llegó a Comfenalco Antioquia: la contrataron para diseñar la ruta de inclusión de personas con discapacidad, en la Agencia de Empleo. Ella atendía a las gentes con discapacidad y a los empleados de instituciones que querían conocer, aprender o aplicar políticas inclusivas y diversas.

—Yo hacía de todo: iba a las empresas, hacía hojas de vida, hacía talleres, escuchaba a las personas...

También incomodaba —a ratos—: les explicaba a sus compañeros, colegas, jefes y usuarios que eso de inválidos, minusválidos o incapacitados no está bien: que para dignificar a las poblaciones vulneradas en sus derechos no las nombraran como vulnerables, sino como diversas. Maritza

lo llama activismo: generar conciencia: proponer conversaciones incómodas. Incomodar.

En ese entonces, Comfenalco Antioquia creó un comité de discapacidad, que era parte de la Gerencia de Servicios Sociales; este duró dos años y Maritza no participó en su desarrollo, pero fue un avance. Luego, en 2017, se crearon los Premios Inclusión, dirigidos a entidades que promovían prácticas inclusivas, y fueron un éxito: y la inclusión, de repente, llamó la atención de los directivos y se empezaron a reorganizar las prácticas dentro de la entidad. En 2020, la Caja definió qué es inclusión —para ellos—, y la integró como uno de sus tres pilares estratégicos; de repente, uno, la inclusión se convirtió en una de las columnas vertebrales de la empresa y todo lo que se hiciera debía tener un lente de inclusión —todo—; y, dos, se diseñó e implementó un diagnóstico de capacidades institucionales en inclusión y, a partir de este, se construyó una Política de Diversidad e Inclusión —una carta magna, digamos: sagrada.

—Para mí fue, ¡juepucha! ¡Por fin! El equipo llevaba casi diez años empujando proyectos y llamando la atención sobre la relevancia de la inclusión en procesos participativos, de formación y de servicios, más allá de los procesos culturales. Comfenalco decía que era la Caja de las regiones, pero empezamos a ser críticos y a abrir caminos en los que ese eslogan fuera más palpable: pensando la desigualdad, contribuyendo a la igualdad; generando espacios más amplios con las comunidades, entendiendo sus contextos y violencias y vulneraciones; generando

«A la inclusión no deberíamos llamarla inclusión, sino convivencia».

Maritza Díez Echavarría

sensibilidad sobre la discriminación y el bienestar, primero desde nosotros, luego con los demás. Empezamos a pensar la inclusión no solo desde lo productivo —lo laboral— sino, también, desde los servicios de vivienda, de recreación, de educación, de cultura... —Y concluye— Empezamos a gestionar desde las diversidades, no solo para unos grupos poblacionales, sino para todas las personas.

Maritza y algunos líderes de inclusión, de la Agencia de Empleo de Comfenalco Antioquia, desarrollan talleres con empresarios, empleados y equipos de trabajo de la Caja; ellos asesoran organizaciones que tienen iniciativas de inclusión. Los llaman y les dicen: Comfenalco, tengo siete vacantes de empleo para personas con discapacidad o para cuatro mujeres o para catorce personas LGBTIQ+ o para veintitrés personas migrantes o siete afrodescendientes, ¿me pueden acompañar en el proceso de contratación? O: Comfenalco quiero que les hables de diversidad e inclusión a mis empleadas, ¿hacemos un taller?

Una vez, Maritza les dijo a unos trabajadores, en un taller, que ella no era la única persona diversa de ese espacio: que no era la única que debía ser incluida en procesos y prácticas más equitativas. Y dio un ejemplo: que las mujeres, en general, sea como sea, y donde sea, eran personas vulneradas; unas más que otras, claro, pero que, en general, todas hacían

parte de unas estructuras de dominación y violencia machista. Hubo silencio. Una mujer, finalmente, pidió la palabra; aseguró que ya era momento de superar eso de ser «víctimas»: que hay que trascender, pasar la página. Maritza le preguntó que qué era lo que las mujeres habían superado. Ella respondió que ahora eran personas empoderadas. Maritza le dijo que nos hacía falta reconocer las violencias: que las habíamos naturalizado hasta el punto de no verlas, al punto de creer que todo está bien. Y no. Hubo silencio. Nadie respondió.

—Nos da pereza desacomodarnos —dice Maritza. Y las diversidades son incómodas. No es fácil seguir planes de inclusión: ni en la familia ni en la empresa ni en los gobiernos. Muchos dicen: sí, somos incluyentes, somos diversos, pero se nos va el día a día con la retórica; las acciones son cortas. Y es que no es menor: gestionar desde las diversidades no es para unos grupos poblacionales, ¿es para todas las personas!

A Maritza le gusta hablar de liderazgos inclusivos, es decir, liderar desde las diversidades. En sus talleres explica que hay unos grupos poblacionales que experimentan mayores desigualdades —las mujeres, las personas racializadas como las indígenas y personas negras, las personas con discapacidad, las personas trans, las personas que ejercen el trabajo sexual, entre otras— en aspectos laborales, sociales, sexuales, etcétera. Ella recalca —y jalona e insiste e incomoda— en la importancia de conocer y reconocer las



desigualdades que existen y que, además, cada uno reproduce —directa o indirectamente.

—Que sepan que discriminan, aunque no lo sepan: que se pregunten en dónde y cómo están excluyendo.

Desde ese lugar, comenta Maritza, se inicia y se piensan formas de reducción de la discriminación, como pedir perdón o escuchar o generar políticas.

Este liderazgo inclusivo se resume en cuatro puntos: conocer, identificar, deconstruir y actuar.

—Mirá... Sí, yo también me canso de las bobadas de la gente... No es frecuente, pero, igual, me emputo: a ratos me da piedra, pereza, frustración, pero también veo, pues... que la gente se conecta, reconoce la ignorancia y abre espacios a nuevos paradigmas. Por ejemplo, el tema de las barreras arquitectónicas en el espacio público de la ciudad o, incluso, cuando les cuento algunas violencias hacia las personas con discapacidad. Eso es muy bacano... No es que se chuleó y ya: no, pues, todos dejamos de discriminar. No.

Maritza sigue pensando, a veces, en el episodio del señor que la hizo bajar del Metroplús; también piensa en el viejito que le gritó. Se hace preguntas: ¿Por qué lo hicieron? ¿Para qué lo hicieron? ¿Cómo responder?

Seguro le faltan más mañanas con ese tipo de episodios desagradables, pero... bueno: por lo menos encontró una forma de exponer las güevonadas de las gentes.



Cuando las cosas funcionen distinto

Los nombres de los municipios de Antioquia son hermosos; parecen creados por niños y abuelas —y esto es un cumplido. Imagínense: viejitos y niñas alrededor de una fogata, tomando chocolate en agua y riendo y jugando y pensando en nombres para sus territorios.

Imagínense: una niña levanta la mano y propone Yarumal —digamos— porque hay muchos yarumos cerca de su casa. Un viejito con sombrero y cigarrillo en boca dice que Abejorral porque justo en ese momento, en donde vive, los abejorros se están reproduciendo y uno camina y ellos se golpean con el cuerpo, ¿y por qué no?, Abejorral. Un niño propone Arboletes porque, como la primera niña, en su municipio hay muchos árboles, pero él no sabe cómo se llaman, así que... ¡Arboletes! —así, general—; es más, el niño dice que se le podría llamar Arboletes Por Montones: «Bienvenidos a Arboletes Por Montones», y los ojos del niño se iluminan.

Imagínense: el grupo de viejos y niños dicen que sí a todo: a Yarumal, a Abejorral, a Arboletes —pero sin el montones, obvio. También aceptan las otras propuestas: El Carmen de Viboral, Santa Rosa de Osos, Sonsón, Cocorná, El Retiro, Guarne, La Ceja, Marinilla, Angelópolis, Andes, Támesis, Tarso, Necoclí, Apartadó, La Pintada, Carepa, Chigorodó, Turbo, Vigía del Fuerte, La Estrella. Y así.

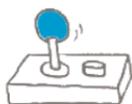
Antioquia está poblado de nombres hermosos.

Adam Zagajewski —polaco, poeta— escribía, en *En la belleza ajena*, que las calles, en general, suelen ser irreflexivas: que no esconden ideas ni desesperaciones ni esperanzas, pero que «ciertas cosas pueden adivinarse, ciertas cosas pueden decirse», y luego escribe sobre una calle en Cracovia, la calle Długa: «Me parece, pues, que a la calle Długa lo que más le gustaba eran los caballos y los coches de caballos; es probable que prefiriese los carros de los campesinos, pero aceptaba también los elegantes carruajes de blandas ruedas con neumáticos, que se mecían alegremente sobre sus ballestas».

Algo parecido se puede adivinar sobre las querencias de los municipios de Antioquia —y sus nombres: ellos, en general, prefieren ser pesebres que ciudades. No tienen en común —digo— una idea de «lo moderno»: no les gusta el acero ni los rascacielos ni los bancos. Digo: son territorios y nombres hechos en madera y piedra, con adoquines y parroquias, con señores con sombrero tomando tinto con azúcar, con mujeres escuchando boleros en tiendas, de lugares con mulas y cafetales y perros y pájaros y árboles.

Ahora, a pesar de lo romántico, ser pesebre tiene sus implicaciones.

—Lo que pasa es que en territorio... —Andrés hace una pausa; piensa lo que va a decir, algo correcto. Lo que pasa es que en territorio las cosas funcionan distinto.



Por ejemplo, el tiempo. Aunque el mapa de Google muestra que Briceño está al lado de Ituango, a algunos kilómetros, para llegar del primero al segundo, en carro, hay que rodear, devolverse entre montañas, y cruzar el río Cauca y sus cañones. Lo que en apariencia es un camino diagonal desde el sur hacia el noroccidente —recto—, en realidad es un camino donde hay que ir más hacia el sur, luego al occidente y después, finalmente, al norte; el recorrido se multiplica y se necesitan muchas más horas para visitar al vecino.

Por ejemplo, Dios. En algunos municipios y veredas hay que conversar con el párroco, primero, para que este sea el puente entre «el extraño» y el local. Los curas ayudan a convocar, desde el púlpito, reuniones con los pobladores.

Por ejemplo, la violencia. No se puede ir a ciertos lugares porque son peligrosos. Para entrar a ellos hay que pedir permisos —y no a la institución legal, precisamente—: hay que tener cuidado: hay que llenarse de bendiciones.

Por ejemplo, el machismo. En los pueblos mineros del Occidente antioqueño se cree —aún— que las mujeres «salan» los socavones: que cuando ellas entran el material se esconde o se esfuma o se daña:

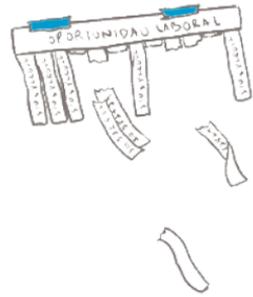
que es peor si la mujer tiene la menstruación. Entonces, desde hace cientos de años, esos espacios son vedados para ellas —por ser ellas— y, entonces, son ellos —por ser ellos— los únicos que pueden acceder a esos ingresos: a la explotación del oro o el carbón o los diamantes que, en algunos casos, son el único sustento de las familias; un sustento que solo el hombre provee —porque la mujer «no puede».

Entonces, vienen ellos —los de afuera—, después de recorrer horas y horas de trocha, a decirles obviedades: que sí, obvio, que las mujeres sí pueden ser mineras o que los excombatientes de guerrillas pueden trabajar y cargar otras herramientas que no sean armas o que los migrantes no son amenazas para la región.

Pero, al final, nada es obvio.

—A mí me pagan por conversar —dice Greis, líder del Centro de Empleo en el Occidente de Antioquia.

Greis hace parte de la Agencia de Empleo, de Comfenalco Antioquia. Su función, a grandes rasgos, es encontrarle trabajo a la gente. Para lograrlo, ella y su equipo recorren el territorio y se reúnen con los pobladores, por ejemplo: enseñan a hacer hojas de vida o incluyen las hojas de vida de las personas en una base de datos o ayudan a identificar habilidades para que, así, cada quien enfoque sus esfuerzos en la búsqueda de trabajo o dictan



talleres de manejo de estrés o atención al cliente o cursos de Excel o son intermediarios para que las empresas desarrollen proyectos de formación o bienestar o aportes o procesos de retiro humanizado. También hablan con empleadores y les proponen modelos y prácticas intencionadas de inclusión: les sugieren abrir puestos —formales, estructurados y pensados— para personas con discapacidad visual o migrantes o mujeres, por ejemplo.

En el proceso de paz entre la guerrilla de las FARC y el Estado colombiano hubo tres zonas veredales en Antioquia; una de ellas estaba en Dabeiba, en la vereda Llano Grande Chimiadó, a tres horas del casco urbano. Allí fueron Greis y su equipo, hablaron con los guerrilleros y pensaron en maneras para ingresarlos a una cadena de empleo: compartieron miedos, intercambiaron experiencias, elaboraron hojas de vida, identificaron habilidades. Algunos decían que no sabían trabajar en otra cosa que no fuera la guerra, que desde chiquitos se acostumbraron a armar y desarmar los fusiles, y ya.

—¿Y qué otras cosas hacían en las guerrillas?

—Caminar, armar cambuches, vigilar, cuidar, cocinar...

—¡Cocinar! ¿Y cuánto cocinabas? ¿Y qué cocinabas? ¿Y hacías el mercado? ¿Qué productos usabas? ¿Cómo medías cada producto? —Y así, le preguntaban al miliciano.

El equipo decía que ahí había una oportunidad: que buscaran trabajos en preparación de comidas, en cocinas... Y ellos se motivaban y decían

que sí, que es cierto, y enfocaban su hoja de vida al desarrollo de esas habilidades: escribían y esa información entraba a un sistema. Y en ese punto había dos posibilidades: esperar una convocatoria de algún empleador conectado con la caja de compensación o, dos, que alguna empresa mostrara interés por esos perfiles, después de que algún mediador los compartiera; esta última fue la que hicieron con los exmilitarios:

—Nosotros fuimos a varias empresas y les dijimos que eran exguerrilleros, que tenían tales habilidades. Muchos respondían que no, que qué miedo: que era gente que venía del monte, que de pronto los secuestraban —eso decían algunos empresarios. Entonces, nosotros buscábamos maneras de convencerlos y de que no tuvieran miedo; les preguntábamos que en qué puestos de trabajo no se manejaba información, que así ellos podían estar tranquilos; algunos respondían que mensajeros, entonces, ah, bueno, ¿y por qué no los recibe como mensajeros? Y así. Nosotros tratábamos de entenderlos, pero, también, tratábamos de generarles confianzas y, desde ahí, que cambiaran sus mentalidades.

El camino de la mediación de empleo en territorio es simple, aparentemente: hay una persona que busca trabajo, hay una empresa que busca a un trabajador y está la caja de compensación para conectarlos. Para que lo anterior se conjugue hay una ruta que se divide en dos partes: la del trabajador: se hace una convocatoria de empleo y se registran las hojas de vida de personas interesadas, mayores

de quince años; se hace una entrevista de orientación laboral, se identifican las «competencias» —en lo que es «buena»— y las «brechas» —en lo que es «mala»—, y a partir de eso inician unas capacitaciones, si la persona quiere; y la segunda parte es del empleador, quien abre unas vacantes y se las comparte a Comfenalco; el equipo sondea en la base de empleo si existen esos perfiles, los buscan, les preguntan si están interesados en el trabajo, hacen una prueba psicotécnica y si todo está bien los postulan y la empresa decide qué perfil conviene o no.

Andrés, el que dijo que el trabajo en territorio es distinto —al principio de esta historia—, es un ejemplo de lo anterior: en 2016 inscribió su hoja de vida en la base de empleo de la caja de compensación; luego de unas semanas lo llamaron para trabajar como gestor administrativo de la Agencia de Empleo de Comfenalco Antioquia; después fue ascendiendo, poco a poco, hasta llegar a ser líder del Centro de Empleo, en el Suroeste antioqueño. Ese es su caso... su fortuna.

Pero a veces —muchas veces— no es tan sencillo. Andrés comparte otro ejemplo:

—Un asesor fue a una empresa y habló de los procesos de inclusión que venimos adelantando en la Caja junto con personas con discapacidad visual. La persona que representaba a la empresa dijo que sí, que le interesaba. Unas semanas después abrió veintitrés vacantes para ellas, a cada una le pagaban cuatro millones... ¡Imagínese! ¡Cuatro millones! Y, sin embargo —dice con pesar—, no hemos encontrado

ni una persona; y no porque no haya interesados, sino porque ninguna tiene las capacidades que piden: que tenga un estudio de pregrado, con seis meses de experiencia y con un certificado de discapacidad... Nada más. Y nadie cumple con esos mínimos... —Andrés hace silencio; concluye— La inclusión laboral es más compleja de lo que parece: no es suficiente con tener buenas intenciones.

No es suficiente con abrir puestos de empleo, y ya. El entramado en la generación y acceso e inclusión laboral se hace más difícil o —digamos— truculento cuando hay prejuicios, imaginarios y estereotipos —ignorancias— en medio. Angie, asesora empresarial en el Occidente de Antioquia, comparte otro ejemplo:

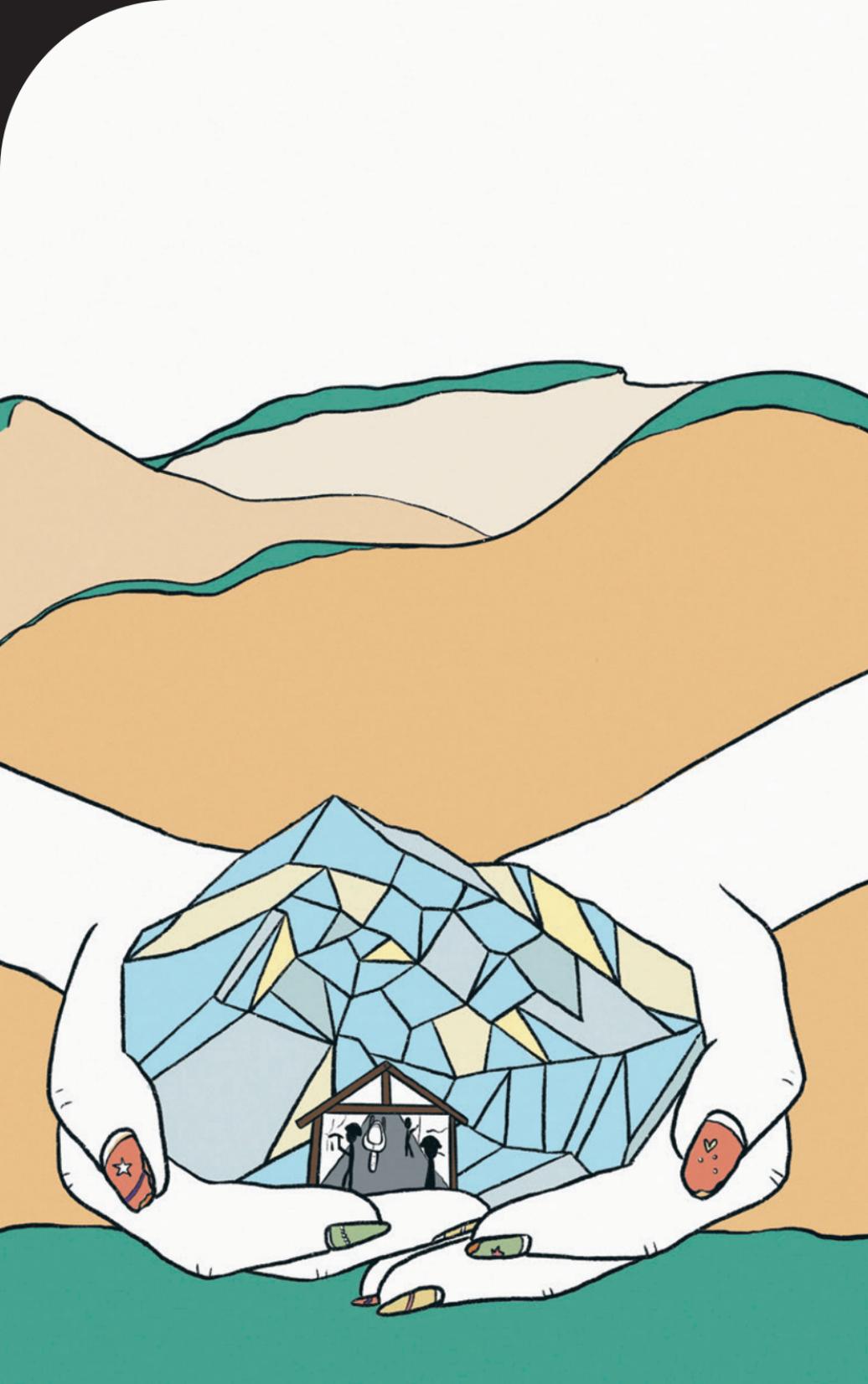
—Cuando las empresas abren vacantes hay una información pública —que todos pueden ver— y otra información oculta, que solo nosotros —los intermediarios— y la empresa que postula puede ver; en esa información oculta los empleadores son más puntuales con los perfiles que buscan. Una vez, cuando era proveedora, apareció una convocatoria con una información oculta que decía solo hombres hasta los treinta y, además, solo “hombres bonitos y con buena presentación”. Sí, ¡hombres bonitos! Y entonces pensé: ¿Y qué es bonito para ellos? ¿Será que lo que es bonito para mí es bonito para ellos? Eso pensaba... Estaba desconcertada. Además, uno de los requisitos de las postulaciones y de las bases de datos es que no haya fotos de los postulados para, precisamente, evitar discriminaciones.

Al final
nada es
obvio

Angie continúa y dice que la inclusión laboral en el Occidente de Antioquia no está «arraigada», y explica que la mayoría de las empresas buscan hombres jóvenes. Ya. Y comparte otro ejemplo:

—Los consorcios de construcción de vías, en un principio, solo pedían hombres para trabajos de manipulación de maquinaria y personas en territorio, no aceptaban mujeres: solo querían hombres menores de treinta años. Yo les decía que había mujeres con el perfil técnico para esos puestos, les preguntaba que si las incluía en la convocatoria, y ellos decían que no, y yo insistía, les decía que no había hombres, pero sí mujeres, pero que no, respondían, preferían dejar cerrar la convocatoria y contratar a los hombres que se postularan, así fuera uno, y no importaba si había cinco mujeres que encajaban mejor. Y yo no podía hacer nada: nosotros solo intermediamos. A las mujeres solo las aceptan para trabajar como paletteras, en los «pare y siga»; el resto de los trabajos se los dejan a los hombres.

Imagínense: en la reunión de viejos y niños alguien levanta el brazo y propone un nombre: —Machoncia. Nadie responde. Vuelve a intentarlo: —Masculandia o Paternalia o Villa de Varón... Sigue el silencio. La persona respira y vuelve: —Cristo Redentor o San Patricio o Pueblo de Dios o Jesucristis o Simón Bolívar o Don Benito o El Ganadero o El Calvo o El Fuerte o El Minero... —¡Ya! Suficiente —alguien dice. La persona se sienta. Una niña levanta la mano: —Yo quiero que mi municipio se llame Titiribí, porque, ay, es que a mí me gusta jugar con los títeres. Se escuchan los aplausos.



Cielo abierto: mina cerrada

A la Marquesa de Yolombó se le acusó de tener pactos con el diablo porque, uno, decidió entrar al socavón de la familia —ella misma— y buscar oro, y, dos, porque encontraba más oro que los otros —los hombres, claro. Hereje.

La tradición dice que las minas no son para las mujeres: porque es demoníaco o porque no tienen la fuerza o porque sus funciones están en el hogar o porque «provocan» al espíritu que habita en esas tierras. Eso dicen —ellos. Y las justificaciones cubren todos los espectros: los religiosos, los biológicos, los sexuales, los de producción y los culturales. Incluso, los siete enanitos estaban en la mina mientras Blancanieves —la blanca nieve, impoluta, servicial— trabajaba en la casa, preparando comidas, y limpiando y recibéndolos con mimos después de la jornada de trabajo.

En el municipio de Buriticá, en Antioquia, se dice —se ha dicho— que la mina es mujer —la

madre tierra— y que es «terriblemente» celosa y que solo le gusta que los hombres entren en ella: que las mujeres no pueden porque —ay, tan insegura— se pone celosa y puede vengarse de todos: provocar derrumbes o terremotos o explosiones. Es más, se dice que hay un espíritu masculino que protege la mina, y que si entra una mujer este puede enamorarse y descuidar sus obligaciones, dejando de fecundar el socavón y provocando escasez de minerales —oro y plata. Por eso, las mujeres no pueden acercarse. *Vade retro, Satanás.*

Antioquia es el departamento que más produce oro en el país. Según la Agencia Nacional de Minería, del Gobierno de Colombia, un 77 % de las más de 42 toneladas de oro que se producen anualmente provienen de su territorio. En Buriticá está la mina de oro más grande de Colombia, administrada por Zijin-Continental Gold, de China. Allí se extraen alrededor de ocho toneladas de oro al año y catorce de plata —con esa cantidad de oro recolectado se podrían hacer más de ocho mil poporos quimbayas anualmente, algo así. En 2023, la explotación de la mina de Buriticá generó cerca de mil quinientos empleos directos y la gran mayoría los ocupaban los hombres —según la multinacional: solo el veinte por ciento eran mujeres, quienes ejercían su trabajo afuera de las minas: no entraban al socavón.

—Nosotras hacemos minería a cielo abierto —dice Juliana— somos seleccionadoras...



Seleccionamos materiales afuera del túnel y se lo vendemos a Zijin.

Juliana fundó en 2021, junto con cinco compañeras, Mujeres de Santa María, una empresa que formalizó lo que se llama, en la minería, el chatarreo: un trabajo ejercido por mujeres, quienes esperan afuera de la mina y cuando sale material sobrante, que dejan los trabajadores, ellas, quienes en su mayoría tienen entre quince y veinticinco años, buscan entre la tierra, las piedras y el lodo algo, alguna piedrita, algo. Ese chatarreo se hace de forma artesanal, sin máquinas ni instrumentaria especial; es un trabajo informal en el que, asegura Juliana, «las mujeres sufren de abuso físico, sexual o verbal». Ninguna mujer mayor de cuarenta y cinco años puede chatarear, y no porque no pueda —digo, físicamente—, sino porque sus cuerpos, sus edades, no son del gusto de los hombres mineros que miran a las jovencitas.

La multinacional china se dio cuenta de lo anterior y quiso formalizar la cosa, entonces les dijo a los habitantes —a hombres y mujeres— que se organizaran: que ellos les echaban una mano. Las capacitaron. En 2020, nacieron las primeras organizaciones de mujeres mineras de Buriticá; primero Mujeres de Mogotes y luego Mujeres de La Angelina. Ellas invirtieron en instrumentarias y en algunos instrumentos; el proceso lo empezaron a hacer de forma más organizada —en conjunto— y, además, aseguraron sueldos fijos

y prestaciones sociales para las mujeres —solo mujeres. El trabajo era parecido: afuera del túnel les llegaba material sobrante de la mina y ellas seleccionaban, limpiaban, lavaban —«cochaban», como dicen las mineras—, agitaban en una rejilla y clasificaban. El material final se lo venden a Zijin.

—Nosotras tomamos el ejemplo de Mujeres de Mogotes y La Angelina e iniciamos con Mujeres de Santa María. Y recuerdo que nos tocó muy duro —dice Juliana.

Cuando terminaron de constituir la empresa, justo, era pandemia y había restricciones: a ellas, cerca de veinte mujeres, les tocó internarse, durante tres meses, al lado de la mina, lejos de sus casas y sus familias. No había maquinaria adecuada y lavaban las piedras con lodo en el piso, tenían que alzar bultos y cargarlos en la espalda y llevarlos de un extremo a otro. Eso, de seis de la mañana a seis de la tarde, domingo a domingo: buenos días, buenas noches. Hablaban con sus hijos y esposos por videollamadas: hola, chao. Durante dos meses ninguna recibió sueldo para que la plata entrara a la empresa y, así, generar flujo de caja.

Después de los tres meses de internamiento volvieron a sus casas y empezaron a ganar plata y a recibir hojas de vida de otras mujeres: de veinte pasaron a ser cuarenta y cinco. Había tres turnos: mañana, tarde y noche.

—Sí, a nosotros nos tocó parecido —dice Rosa, fundadora de Mujeres Asociadas Higabra, otra

«La inclusión no es solamente tener las mismas oportunidades que tienen los hombres... No. La inclusión es que las mujeres estemos libres como lo están los hombres. ¿Que somos libres porque facturamos? No. A veces una cree que porque trabaja ya se es libre. Ser libre es ser lo que soy».

Juliana María Úsuga Sepúlveda

empresa de mujeres mineras de Buriticá. En la vereda convocamos a una reunión con todas las mujeres que quisieran participar y fundar y trabajar por la asociación. Iniciamos catorce, después unas se fueron porque no pudieron, porque los hombres no las dejaron, las desanimaron, porque las obligaron a salir, la verdad. Quedamos nueve. Nuestro reto principal fue crear —creernos—, luego retar a nuestros esposos y, después, a la sociedad: que no nos subestimaran.

Gonorreas —si me permiten.

Las mujeres de Higabra iniciaron sus labores de recolección con los equipos de Mujeres de Santa María, y ahí vino el valor: que sí aguantamos: que sí podemos. La mayoría de las mujeres eran madres y era su primer trabajo fuera del trabajo en casa; para la gran mayoría era su primera remuneración.

—Aprendimos a adaptarnos, el hombre también. En mi caso, mi esposo empezó a hacer cosas en el hogar, empezamos a dividirnos; pero otras mujeres no tenían ese apoyo: les decían que

para qué trabajaban, y ellas llegaban llorando, y les preguntábamos qué pasaba y respondían que cosas del hogar, y lloraban —dice Rosa.

—Mi esposo no sabía hacerse un huevo y ahora cocina mejor que yo —Juliana, que no es de muchas risas, se ríe; luego se pone seria. Pero, la verdad, no ha sido fácil... No es fácil. Yo, por ejemplo, me levanto a las cinco de la mañana a despachar a mis hijos, a cocinarles, a que se bañen, se vistan, vayan al colegio... Luego voy a trabajar y en medio del trabajo me quedo pensando en ellos: que si están solos, que si están bien, que si comieron, que si la vecina los está cuidando, que si están en buenos pasos... Eso es lo más duro: una siempre se echa la culpa: que no está compartiendo con los niños, que de pronto perdió la materia porque una ya no pasa tanto tiempo en casa —Juliana calla. Continúa. Un día mi hijo me preguntó que por qué le dejé la coca del almuerzo fría. Ay, no, eso me dolió mucho. Y luego una llega por la noche, cansada, a preparar la cena, a lavar ropa, a ayudar con las tareas... Ahora yo apporto igual que mi esposo, pero una siempre es la que queda mal. Sí, puede que ahora seamos económicamente libres, pero como mujeres no: nosotras seguimos muy esclavas.

El cielo sigue
siendo de cristal

Juan Salazar Piedrahita

Rosa y Juliana coinciden, se sienten orgullosas: las cosas han cambiado: son independientes económicamente, lideran organizaciones que aportan y tributan, sus hombres ya hablan «pasito» en la casa y ambas opinan: ambas tienen voz. Sin embargo... Sin embargo... El techo, aunque sea en la mina, sigue siendo de cristal.



Mudanzas

Edna se sentó en el comedor; al frente, sus tres hijos y su esposo, ¡ah! y su mamá, la abuela. Se miraban, sonreían nerviosos. Ese mismo día, por la mañana, les había dicho que tenía noticias nuevas. Sentía miedo y, bueno, con razón, pero... En fin. Edna les habló con parsimonia y delicadeza: hay una vacante para un trabajo estable, con contrato, con seguridad social, vacaciones y todo eso... El asunto es que tendríamos que mudarnos. ¿A dónde, mamá? A Puerto Berrío.

El esposo dijo que sí: que no importaba. La mamá también. Y los niños sonrieron: sí, mamá: no importa: ¡Vámonos! Y uno preguntó: ¿Entonces nos toca cambiar de colegio?

Edna pasó las pruebas y la aceptaron. Ese mismo fin de semana se fueron a Puerto Berrío a buscar casa. Una amiga le dijo que caminaran por tal sector, que había espacios lindos y, le advirtió, que no se le ocurriera caminar por tal sector: que

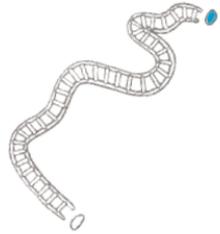
robaban. Ese mismo día ya tenían una casa cerca de la escuela de los niños y al trabajo de Edna.

El lunes se trastearon: todas las cosas se fueron en un camión, en un viaje de tres horas, más o menos, donde tocaba salir de Antioquia para entrar a Santander y luego volver a salir de Santander para volver a Antioquia: cruzar el río Magdalena (hacia el oriente), atravesar Barrancabermeja e ir al sur, pasando el río Opón, Guayabito y Carare. Y cruzar otra vez el Magdalena y volver a Antioquia.

—¡Y fue tan duro! Apenas llegamos mi mamá ya quería volver. En Puerto Berrío hay mucho tráfico, mucho transporte de carga; es un pueblo muy comercial. Los niños empezaron a ir al colegio y lloraban y lloraban diciendo que no tenían amigos: que los molestaban por la forma en que hablaban, «golpeado» y no «suave», como los paisas. Mi mamá decía que no tenía amigas —ni quién la visitara ni a quién visitar—: que no quería salir: que hacía mucho calor: que la casa era muy chiquita, que en cambio la de antes tenía cinco habitaciones y una cocina grande y el patio...

* * *

La familia de Edna es de Yondó, en Antioquia; un municipio fronterizo con Santander, en el Magdalena Medio, al lado del río Magdalena y de Barrancabermeja. Allí la gente no habla con el sirirí paisa, con sus acentos al final de las palabras y los «ve»,



«pues» y su voseo: «Ve, ¿y vos cómo estás, pues?». Yondó es un territorio más santandereano: más petrolero: por sus tierras pasan los oleoductos que conducen, sobre todo, gasolina. Los habitantes dependen, en general, de los trabajos que la industria ofrece: ingenieros, sociólogos, trabajadores sociales, médicos y, en especial, obreros: paletas, camareros, vigilantes, trabajadoras de patio, cocineros...

El escudo de Yondó tiene una torre de petróleo —es dorada—; abajo, hay un pez que nada en el color negro —el negro simboliza «riqueza, petróleo, estabilidad, fortaleza, seriedad», se lee en la página web de la Alcaldía. El pez nada en petróleo.

En 2012 hubo una crisis en el sector de hidrocarburos y Edna y su esposo se sentaron, conversaron —nerviosos. Ninguno tenía empleo, no conseguían trabajos, los ahorros ya no alcanzaban; los dos estaban estudiando en la universidad: él en tercer semestre, ella en octavo. El esposo le dijo que uno de ellos tenía que renunciar al estudio para trabajar: que él iba a hacerlo: que ella ya casi terminaba: que siguiera. Edna respondió que bueno y continuó con Trabajo Social. Pasó el tiempo y tuvieron más hijos, la mamá envejecía, los niños crecían y la vida iba y venía con sus necesidades. Y el petróleo subía y bajaba de precio. Y los paramilitares y el ELN en el municipio: y los atentados a los oleoductos, el asesinato del líder comunal Víctor Manuel Morato... Y el helado de ron con pasas en el parque.

«Sé que suena cliché, pero... inclusión, para mí, es vivir con lo que eres y compartiendo lo que eres con el otro».

Angie Cardona

Pasaron cinco años, Edna se graduó y aplicó a un trabajo corto —un mes— como auxiliar de empleo, en Comfenalco Antioquia.

Su función era registrar las hojas de vida de las personas que iban a la oficina por primera vez: que el nombre, el número del documento, que dónde vivía, sus años, sus estudios, sus aptitudes, sus intereses, y así. Alguien entraba, saludaba, ella daba la mano, se sentaban y venían las preguntas y las respuestas; ella movía sus dedos sobre el teclado, que sonaba cr-cr-cr-cr y miraba a la persona a los ojos, preguntaba, y cr-cr-cr-cr. Con base en la información, el sistema arrojaba vacantes abiertas para trabajar en empresas y ella le preguntaba a la persona si quería aplicar y, claro, respondían: ¿Y cuánto pagan? Y ella cr-cr-cr-cr hasta que el formulario estaba listo. Edna le decía a la persona que ahora tenía que esperar a que la empresa llamara: que si no lo hacía era porque no había pasado.

La persona se levantaba, daba la mano y gracias.

—¿Y la gente no le llevaba gallinas para que les ayudara? —le pregunto a Edna.

—No, no podemos recibir regalos. Nosotros no recibimos gallinas, solo las gracias, ¡y eso! A veces solo recibimos madrazos.



Cerca del noventa por ciento de vacantes laborales de Yondó vienen del sector hidrocarburos —dice Edna—; en un mes normal las empresas petroleras pueden abrir alrededor de trescientas vacantes de trabajo. La Agencia de Empleo es una de las mediadoras para conseguir esos puestos: se encarga de recibir perfiles y de enviarlos a las organizaciones.

A un obrero de patio, en uno de los oleoductos, por ejemplo, sin experiencia ni estudios, le pagan entre cuatro y cinco millones de pesos.

—Y, no: ¡Eso era muy difícil! Para obrero se postulaban unas mil doscientas personas, y de esas mil doscientas yo solo podía enviar entre quince y veinte hojas de vida. Y no solo eso: esas hojas de vida debían tener un cuarenta por ciento de aplicaciones de personas que vivieran en zona urbana y un sesenta por ciento en zona rural; esto porque la explotación se hace, sobre todo, en zonas rurales.

Edna también tenía que priorizar a los aspirantes cesantes, que llevaban varios meses sin trabajo. Eso lo hacía con unas fórmulas que el computador recibía. Al final, era el sistema el que enviaba a la empresa las quince o veinte hojas de vida. Pero la gente no entendía:

—Empezaban a ser groseros y, digámoslo así, a ser revolucionarios: que por qué no los remitían: que por qué no los llamaban. Yo les respondía que yo no tenía forma de decidir... —Edna se queda pensando. Yo los entendía, claro: yo me ponía en sus zapatos: yo también pasé por eso.

El contrato en Comfenalco se extendió más de un mes porque la encargada de la oficina entró a licencia materna. A Edna le tocó aprender a diseñar, editar y publicar las ofertas de las empresas, y, además, a llamar a los postulantes: que si les interesaba este nuevo puesto o no. Así estuvo hasta 2021, cuando su compañera le dijo que había una vacante nueva: que debería aplicar: que era un ascenso y un contrato directo, pero que era en otro municipio, en Puerto Berrío.

* * *

Ahora Edna se relaciona más con las empresas y no con las personas que están buscando trabajo. Ahora se concentra en recibir, revisar y publicar las vacantes; ella tiene la información de los postulantes, pero no los registra en el sistema: ya no es intermediaria. Sin embargo, sí tiene que viajar: varias veces a la semana va a otros municipios del Nordeste de Antioquia —a Yalí, Yolombó, Anorí, Amalfi, Segovia...— a acompañar los procesos de recepción de personas que están interesadas en conectarse con las oportunidades laborales de las empresas. Es decir, si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma. Algo así.

En Puerto Berrío no hay un monopolio de empresas de hidrocarburos. La mayoría de los puestos son para transporte o construcción. Es una localidad más turística, ganadera y comercial. Eso le gusta a Edna: las cosas no dependen

A d ó n d e v a m o s
m a m á

de amigos, de influencias, de políticos; quienes buscan trabajos están más tranquilos: sin tantas presiones por conseguir el puesto de obrero, que gana cuatro o cinco millones mensuales.

—Pero ¡ay! A pesar de todo yo extraño mucho a Yondó. Extraño nuestra casa grande con las cinco habitaciones y el patio; irnos a bañar al río, en la vereda El Dique: uno va a las tres y ve el atardecer, naranja. Y, ¡ay! La cazuela de mariscos, el helado de Popsy, la butifarra y la salchipapa...

Edna crece cuando habla de Yondó: su cuerpo se yergue y su tono es más risueño: se le ve más flexible. Cuando los niños están en vacaciones van allá y no quieren volver, pero siempre hay que volver: no importa si lloran y hacen pataleta.

—¿Y su esposo, Edna, también hace pataleta?

—Mi esposo se devolvió porque consiguió trabajo en Yondó, haciendo “barbachos”... ¿Sí sabe qué son “barbachos”? —le digo que no y responde. Es cuando, por ejemplo, lo llaman y le dicen que arregle esta toma o que instale esta luz o que destape ese tubo...

Después busco la palabra en el diccionario. No está, pero hay una que se parece:

*barbecho: tierra labrantía que no se siembra durante uno o más años.

La metáfora fácil.



*El cultural es un hijo
para mí, un regalo
de la vida.*

Amor por la morada

Moravia es un barrio que limita, entre occidente y oriente, con el río Medellín y la avenida Carabobo. El primero es un límite de cloaca café claro, con gallinazos rumeando, de vez en vez, entre basuras e islas de residuos de piedra, partes de tejados, bolsas de plástico y, en algunos espacios, murallas de monstera que no dejan ver el río, pero que no cubren su olor: huele a ropa húmeda —que nunca se seca—, restregada con mierda y barro. Al lado de la corriente de la cloaca está la carrera 62, una vía de dos sentidos, de norte a sur, con carros y motos —muchas motos— circulando. En el otro extremo del barrio Moravia, en el límite oriental, en la avenida Carabobo, hay más motos y carros y, al lado, una ciclovía ocupada por más motos que ruedan lentamente; también hay vendedores ambulantes y gente que camina en zigzag, y, al lado, casas donde vive gente y donde se venden cosas: arepas, pollos asados

con yuca, loterías, hielos, medicamentos, panes, licores, y donde se cortan las barbas y se alisan los pelos y donde se almacena material reciclable y se arreglan motos. Y aparecen nombres en las fachadas: Toro Motos, Full Motos, Rohi Motos. La avenida Carabobo, entre las calles 79 y 81F, es un bazar de talleres de mecánica, y el espacio para las bicicletas y los peatones es ocupado por los mecánicos con sus ropas engrasadas y las manos negras, y por las bacinillas que recogen gasolina y por instrumentos de plata, brillantes, que desenroscan, golpean y desmontan: hay un hombre que martilla un exhosto, otro que hincha una llanta, otro que quita ganchos del cojín de un asiento. El ruido es metálico y en el fondo suena reguetón. Y hay motos —muchas motos—: Pulsar, Auteco, Suzuki, Honda, AKT, Yamaha, Crypton, Escuda, AX4, Victory, Boxer C7, 100 ST, 22-20, Wind 125.

En medio del runrún una mamá arrastra el carrito donde duerme su bebé.

—Todo esto era zona de tolerancia —dice Gloria, habitante de Moravia: lideresa social. Afirma que su papá conocía al dueño de los lotes: que él le vendió un terreno y la familia construyó, a finales de los sesenta, su hogar. Su papá tuvo un taller de mecánica: —Aquí, al frente —señala Gloria con su dedo—: apunta a una gasolinera, de cara a los talleres. En 2007 el gobierno local los expropió y tuvieron que mudarse.

Las cosas han cambiado desde entonces, un poco: en vez de bares ahora hay bodegas de acopio

de residuos reciclables; en vez de trabajadoras sexuales ahora hay recicladores que llevan montañas de plástico o cartón en carretas o costales.

Siempre hubo basura: este es un barrio de recicladores o recuperadores —como se llaman entre ellos: son parte de la identidad del territorio. Siempre hubo muchas llantas —todavía—: algunas contienen tierra con matas encorvadas, flacas y polvorientas, otras guardan desechos y otras sirven de asiento para las personas: un hombre toma café en un recipiente de plástico blanco, sus dedos en ‘c’ agarrando y sus otros dedos en ‘ll’ sosteniendo una pipa con bazuco; la llanta bajo su cola.

—Pero no siempre hubo tanta basura —dice Gloria.

Hay basura apilada en la acera, junto a canecas, y en los pastos, al lado de la calle: bolsas de plástico, botellas de vidrio, muebles sin espuma ni forros —solo el esqueleto de madera— y cajas para los huevos y un balón de fútbol sin aire y al lado un hombre echando humos de la boca. En un poste de luz un perro revuelve con el hocico, buscando comida; arriba hay una publicidad que dice:

El Cultural es un hijo para mí, un regalo de la vida.

norte de la ciudad. La mayoría de las personas venían de zonas rurales del Oriente antioqueño, del Pacífico y del Atlántico, huyendo de la violencia bipartidista: gentes vulneradas, campesinos, familias extensas, sin casas, sin trabajos. Allí, poco a poco, por migajas, primero unos y luego otros, fueron construyendo sus hogares con materiales desechados, encontrados en el río: tejas, ladrillos, piedras, muebles, puertas, marcos, cerámica... Se empezó a lotear y a delimitar más espacios, a sembrar cebolla y plátano al lado del cauce. También, a recolectar basura y a organizarla, y las gentes iniciaron labores de reciclaje de cartón y otros materiales; esas basuras fueron acumulándose y se hizo una montaña, grande, a la que se le llamó, después, El Morro. Algunas personas se asentaron alrededor de El Morro: armaron sus casuchas de lata y, temprano, por la mañana, trabajaban.

—Yo soy egresada de la basura —repite una y otra vez Luz Marina Aguilar, lideresa de Moravia, fundadora de la Corporación Corserba.

Y con esas nuevas raíces y con la influencia de «curas rojos» —como los llaman— los habitantes comenzaron a ponerle nombres a algunos sectores del barrio: que Fidel Castro, que Camilo Torres, que El Zancudo. El paraguas era Moravia, «amor por la morada».

El cura Vicente Mejía inició sus labores revolucionarias en 1965: él conversó, organizó y promovió asentamientos y prácticas económicas populares de reciclaje en el barrio: junto con las



gentes creó sociedades y mutuales, y exigió derechos —que el Gobierno no tumbara los ranchos— y buscó consolidar la legalidad del barrio Moravia y sus gentes.

La Alcaldía de Medellín, en 1977, declaró El Morro como basurero municipal, es decir, el basurero de la ciudad. Más familias, sobre todo desplazados por la violencia, se asentaron y trabajaron con la basura.

Para inicios de los ochenta, El Morro tenía una altura cercana a los setenta metros y ocupaba cerca de diez hectáreas —todo basura. La población del barrio era mayor a las quince mil personas. Y había miedos: cada tanto las casas se inundaban por la creciente de las quebradas La Iguaná, La Bermejala y El Molino; no contaban con servicios públicos, los peligros de deslizamiento eran latentes, y los olores y los animales y las enfermedades... También estaban los rumores de una intervención municipal: que van a tumbar las casas, que los dueños de las tierras van a reclamar sus propiedades, que van a desalojar, que van a construir una avenida, que van a levantar un parque, que van a cerrar el basurero...

En 1984 cerraron El Morro. Muchas personas se quedaron sin trabajo, pero, después de varias conversaciones con la comunidad, quienes se organizaron y exigieron derechos, la Administración Municipal prometió darles los títulos de propiedad a las familias que vivían allí; ellos tenían que pagar las tierras con jornadas de trabajo comunitario. También prometieron dotar al sector

con servicios públicos y equipamientos de salud, educación y cultura.

En 1993, cuarenta años después de la llegada de los primeros habitantes, se legalizó Moravia, un barrio de 42 hectáreas, aproximadamente, perteneciente a la Comuna Cuatro-Aranjuez.

El entonces alcalde de Medellín, Sergio Fajardo, firmó, el veintidós de agosto de 2006, el Plan Parcial de Mejoramiento Integral del Barrio Moravia, el Decreto 1958. Allí, entre otros proyectos, se decretó, gracias al pulso de los vecinos y líderes del barrio, la construcción del Centro de Desarrollo Cultural, un lugar donde la comunidad tendría espacios íntegros en literatura, música, teatro y, en general, un sitio para el ocio y el desarrollo de los niños, sus familias y la comunidad, en general —esa era la intención. El Centro se construiría entre las calles 81F y 82A, al lado de la avenida Carabobo, y el diseño lo haría Rogelio Salmona, uno de los arquitectos más importantes del país.

—Yo me acuerdo de que empezaron a demoler casas. Un compañero del colegio vivía en una de las que estaban tumbando, y él y su familia tuvieron que irse... No sé a dónde, pero no lo volví a ver en el barrio. Yo pregunté que qué estaban haciendo y me dijeron que un centro: que un centro de desarrollo cultural —recuerda Isaac. Ese fue su primer acercamiento al Centro, en 2007.

Entre 2005 y 2007 algunos vecinos se reunieron durante varias jornadas con empleados de la Alcaldía para concertar proyectos de transformación del barrio. La comunidad quería una casa de la cultura, un lugar pequeño para guardar instrumentos de música y donde los niños y las madres y los adultos mayores se pudieran reunir y hacer eventos y vender artesanías para apoyar proyectos de los moravitas. Gloria, la lideresa que vivía en la «zona de tolerancia», a quien, justo, le expropiaron la casa para construir el Centro, fue una de las personas que estuvo allí, en esas conversaciones:

—Yo diría que la creación del Centro de Desarrollo Cultural se hizo en cuatro etapas. Yo hice parte de la segunda, a través del Comité de Cultura. Nosotros soñábamos con algo pequeño, algo al aire libre, como un teatro, como el Carlos Vieco. Pero luego llegaron los jóvenes y después la Red Cultural: ellos definieron que en el espacio también debía haber formación y lectura, algo más grande.

Y por eso no se hizo un teatro o una biblioteca o una escuela o un salón, solamente: entre todos —comunidad y Alcaldía— se decidió construir un espacio que integrara todo lo anterior.

—Yo tuve que dejar el barrio en 2007. Me fui con mi hija y mi mamá y mi papá al Valle del Cauca, a San Pedro, donde vivía un hermano que tenía un montallantas. A mí no me gustó la idea de mudarme porque, en ese momento, yo era parte de las lideresas que estaban soñando los proyectos que

iban a transformar Moravia, pero... Al final nos fuimos: ya no teníamos casa. Aquí ya no teníamos nada. En el Valle tuvimos una época de prosperidad y salíamos a comer, comprábamos ropa e íbamos a centros comerciales y, claro, los paisajes eran muy bonitos y teníamos a los sobrinos cerca, pero, al año discutí con mi hermano y decidí volver a Medellín, a Moravia, con las manos vacías.

Cuando Gloria regresó, el Centro de Desarrollo Cultural de Moravia ya estaba construido: una estructura de ladrillo, con una fachada geométrica —en círculos y paredes planas—, con un espacio peatonal amplio —que conecta con el canal de la quebrada La Bermejala—; en el interior, en el centro, un patio sin techo —como un anfiteatro— y, a los lados, estaban, en los dos pisos, los espacios cerrados: salones, oficinas, un aula de eventos, una biblioteca infantil, un lugar para el archivo de memoria del barrio y otro para bailar; además, estaban los baños, un estanque pequeño con agua y un jardín. La estructura es abierta: no tiene ventanas de vidrio en los espacios compartidos; los ladrillos dejan ver, desde afuera, lo que hay detrás de ellos, como pestañas. Al fondo está la rampa larga, en '>', que conecta los pisos. Área total: mil seiscientos veintiocho metros cuadrados.

—No, y fue un choque. Yo había soñado con algo más pequeño —mucho más pequeño. Además, era como llegar a tu casa y pedir permiso... Recuerdo que fui a una reunión de líderes junto con mi hija, allí, en el Centro, y no conocíamos

a nadie, ya no estaban los anteriores líderes y nos sentíamos incómodas: la gente hablando, la gente tomando decisiones que ya se habían discutido. Nosotras no teníamos voz. Mi hija me preguntó que qué estábamos haciendo allí.

Gloria se cuestionaba, una y otra vez: «¿En qué momento hicieron esto, sin que nos diéramos cuenta?». Y no era la única: algunos líderes no querían ir al Centro: se sentían traicionados.

Pero Isaac sí empezó a ir, aunque los ladrillos estuvieran sobre la casa del compañero del colegio: ¡Qué más daba! El primer evento al que asistió fue de rap: un concierto de Los Bardos, quienes después se llamarían Cofradía de Los Bardos, de Moravia, un colectivo de música rap.

—Y ahí fue donde me acerqué al barrio, a pesar de vivir ahí durante años. Había mucha gente, y ahí conocí la música, y con ella, a Moravia. Ahí me hice rapero y eché raíces en este lugar.

Incógnito Isaac es su nombre artístico. Alto y flaco. El pelo afro. La espalda curva abajo del cuello. Los brazos largos. El hueco en el lóbulo de la oreja, redondo por la joya que sostiene la piel sajada:

«Si no me conocían, mucho gusto me presento / Soy del barrio Moravia / Soy / Moravita / Orgulloso como el niño, la señora y el señor / Que vende frutas o recicla / Siéntelo y vibra / Porque no es mi boca, es mi corazón quien recita / Y habita en cada esquina / En cada calle de mi barrio / Con sudor en la frente y callos en manos / Hermano / No olemos a perfumes caros / Olemos a barrio /

Como a rumba huele un sábado / Como a puta huele un bardo / Como flota el vecindario / Con la realidad que narro / Incógnito Isaac / Mediante el hip-hop / Reparte arte / Donde antes querían hartar dispararte», canta Incógnito Isaac en la canción *Somos del barrio*, de 2023.

Gloria prende un cigarrillo Boston en una tienda, en una esquina. Pedimos tinto de greca. Es raro verla fumar: su vestido con la falda larga, sus gafas, sus tacones y respuestas serias, formales, no parecen de alguien que fuma. Yo, prejuicioso: no parece ser una mujer que fuma. Inspira y aspira con solvencia. El cigarrillo en la punta de los dedos, sin ningún esfuerzo: no aprieta: el tubo con tabaco casi flotando. Experta. La mujer de la tienda le dice a Gloria que les tocó reducir el espacio porque llegaron los de la Alcaldía y molestaron: que estaban ocupando espacio público. La mujer limpia la mesa con un trapito azul. Al lado juegan parkes. Suenan rancheras. Gloria me cuenta, con confianza, que después de unos meses se reconcilió con el Centro: afirma que ellos tenían las becas de creación, que ahí había un espacio para los líderes, que un día se «dispuso» a hablar con el entonces director, Carlos Uribe, y que, bueno, él la recibió, la escuchó: conversaron: —Y se generó un espacio de encuentro y fue muy bueno... Se logró establecer una relación de

respeto y amistad —Gloria aspira, retiene, tira las cenizas al piso y suelta el humo, abriendo un huequito entre los labios. Un hombre se acerca:

—Hola, Brayan... ¿Sí se bañó hoy? —el hombre asiente y estira las manos. —No, hoy no tengo. A la próxima. El hombre no responde: nos da la espalda; toma un vaso de plástico de otra mesa —sin gente— y sorbe el tinto que queda. Aprieta el vaso en su mano, lo arruga y lo tira al piso.

Gloria me pregunta si quiero conocer el barrio; ella es experta en eso: ahora es líder de enlace entre el Centro de Desarrollo Cultural y la comunidad y la gente que quiere conocer el Centro. Cada tanto tiene que recibir a estudiantes y hablarles del espacio —su historia— y dar una vuelta junto con ellos. Ahora es su trabajo. También es su proyecto: tiene un emprendimiento de artesanías y de turismo. Es la apuesta.

—Al final me di cuenta de la magnitud, del impacto del Centro y, pues ya... Al final logré conectar. Igual, así como hay gente que ve el lugar con orgullo, hay quienes dicen, hoy día, que no cumple con sus expectativas. Incluso, hay quienes creen que para entrar hay que pagar —hace una pausa, piensa y dice... dice algo que no les voy a compartir.



Es otro día. Todavía la basura. Todavía las motos. El sol calentando la piel. Son las diez de la mañana. Mónica Saldarriaga, la directora del Centro, no

llega. Espero. Dibujo un cuadro que representa la plaza, un ring de boxeo con unos sentaderos de piedra y ladrillo —los distintos niveles de la estructura dejan apoyar la espalda. Sobre la hoja de la libreta señalo, en rectángulos, los grupos reunidos, son seis: uno a la izquierda, dos al frente, dos a la derecha y el último fuera del cuadro, en diagonal, a la derecha, al lado de la puerta de entrada. A ver qué escribo: hay tres personas: una mujer recostando su cabeza y su tronco sobre el pecho de un hombre, su pierna izquierda sobre los muslos de otra mujer que está al frente: hablan; luego, tres mujeres: una come granadilla, chupa las pepas y la baba de la fruta y la piel blanca, otra se muerde las uñas y la otra se come un helado blanco que se derrite; sigo: hay seis hombres, nada especial, solo que todos tiene camisa polo, con cuello en 'm', de distintos colores: hablan, miran el celular, miran alrededor; en otro grupo, dos mujeres ven las pantallas de sus celulares. Mónica todavía no llega. Suena *En la ciudad de la furia*, de Soda Stereo. Una persona con una camiseta que dice *Hijueputa, qué rico Medellín* entra a la plaza del Centro: saluda al primer grupo: «¡Uy! ¡Esta gente madruga mucho, parce!», y la mujer recostada se endereza y acaricia la barbilla del hombre que la está recibiendo: se saludan. Llega un nuevo grupo y se sienta cerca, a mi izquierda; los cuento: primero cuatro, luego siete, luego quince, luego diecinueve, y así, hasta llegar a treinta y ocho: unos parados y otros sentados:

hablan entre ellos: gritan: se ríen: esperan; una mujer los interrumpe y les dice que hagan fila india: que juiciosos: que recuerden que es el grado: que es algo serio: que no quiere verlos desordenados: que ojo y blablablá...

Ahora son más de treinta y ocho y no quiero verlos ni contarlos ni escucharlos ni anotar ni describir a las personas de los otros grupos ni esperar. Voy al baño del primer piso; camino hacia un rincón donde el techo, en una superficie pequeña, es de plástico transparente: allí se ve el cielo azul y las nubes blancas; en una esquina del techo se alcanza a ver, también, un cuchillo, su cabeza pequeña y afilada.

—Mi mamá era profe en un colegio de Moravia. Ella llegaba a casa y yo, pues, chiquita, corría a abrazarla. Un día fui hacia ella y me gritó que no: que no la tocara: huelo a muerto, dijo. Ese día habían matado a dos hermanos de una estudiante, afuera del colegio —dice Juliana, promotora del área de memoria del Centro de Desarrollo Cultural. —Moravia es intenso y, no lo tomes a mal, eso me gusta: la intensidad de la gente, sus luchas, sus historias... —piensa lo que acaba de decir, retoma. Es lo más hermoso, pero también lo más feo: lo más difícil son los testimonios... el dolor.

En las conversaciones entre la comunidad y los empleados de la Alcaldía, antes de la construcción

del Centro, los primeros insistieron en la memoria, en la necesidad de un espacio para escuchar, pensar y compartir las voces y registros de las gentes del barrio: sus historias. Querían un lugar donde se guardaran los relatos de los moravitas: de Mamá Chila, de Cielo Holguín, de Rosa Nohra, del padre Vicente Mejía, de Luz Mila Hernández, de Yeison, de Pino, de Cleyda Murillo, de Luz Marina Aguilar, de Katerina Moreno, de Arbey Gómez, de Lina Moreno, de Incógnito Isaac... También querían un espacio para conversar sobre los paisajes del reciclaje, la autoconstrucción, la migración, el desalojo, las mujeres, el río, el rap, la violencia, El Morro, los curas rojos, la gentrificación... Así, pues, entre todos, se decidió crear un centro de memoria barrial: el Centro de Memoria Barrial de Moravia, que está, en la actualidad, en el Centro de Desarrollo Cultural.

El Centro de Memoria Barrial está en el segundo piso, en un salón con una mesa de seis puestos, un televisor grande, varios estantes con libros y publicaciones —exhibidos, guardados y asegurados por un vidrio—, y tres puestos de trabajo: cada uno con una mesa, dos sillas y un computador; en uno de esos puestos está Juliana, la cuidadora del material de archivo del barrio: videos, fotos, tesis de grado, revistas, estudios de organizaciones, cartografía, testimonios escritos, testimonios de audio...

—Somos emprendedores de memoria. Nosotros nos encargamos de organizar y guardar la

Amor por la morada

voz de la comunidad. Y no solo a través de documentos, también tenemos unos repertorios de acción junto con los habitantes, en territorio: hacemos borondos —recorridos por el barrio, junto con los vecinos— o intervenimos estructuras y fachadas —hacemos murales— o exposiciones o ferias de emprendimiento o talleres o «estampatones», donde ponemos música y estampamos camisetas con símbolos del barrio, por ejemplo. Nosotros acompañamos, aunque a veces parezca que somos los protagonistas.

No es fácil. Ya lo dijo Gloria: este es un barrio en disputa y, para muchos moravitas, el Centro no cumple con sus expectativas y, por eso, dicen, deberían ser ellos —la comunidad— quienes lo dirijan. Cada semana los trabajadores del Centro se reúnen con líderes. Cada día hay reuniones con vecinos. Cada día hay actividades. Cada día se ocupan espacios: para bailar, para tocar música, para dibujar, para ensayar, para los grados del colegio, para tener citas con el novio, para cantar rap...

Y a pesar de eso, a pesar de todo lo anterior, de todo el movimiento y las actividades y el «espíritu» de los trabajadores y líderes, «la gente del barrio está desconectada con el Centro», dice Isaac. Y tiene su hipótesis:

«La inclusión es diversidad; es saber que todos somos diversos. ¡Diversidad es convivir en armonía con la diversidad!».

Liliana Galeano

—Este es un barrio que se ha transformado mucho: hay muchas personas que van y vienen, que tienen sus almacenes o sus tiendas, pero que no viven aquí. También los que han sido reubicados, que eran familias tradicionales, pues... Ya no están. Ya no hay raíz.

—¿Extranjero? —le pregunta Emanuel a Gloria; él me señala, ella me mira.

—No.

Emanuel tiene unos catorce años. Es extrovertido. Los ojos vivos. Habla y no para.

—Bueno... Me avisa cuando vengán extranjeros... —mira a Gloria; ella me explica:

—Es que tiene una colección de monedas y billetes...

—Sí, tengo de México, de Chile, de China, dólares, libras esterlinas, de Australia... ¿Cómo es que se llaman? Antes tenía un billete de diez euros... Yo les digo a los extranjeros, cuando los veo, que si me dan la hora, ellos me dicen "Eh, no sé", entonces les digo que si me dan una monedita y normalmente dicen que no tienen, y yo "Ay, busque". Y ellos buscan en sus mochilitas, ahí escondidas

Juan Salazar Piedrahita

y encuentran. ¡Es que son más chaaarros! Piensan que uno los va a robar. Yo los espero ahí —señala la puerta de entrada y salida del Centro—, normalmente están con una mujer que es guía: que tiene unas mangas rojas... ¿La ha visto? —mira a Gloria: no. Yo les digo “Eh, buenas, ¿de dónde son?”, y ellos dizque, dizque “Au, nooou, nooou, nou tenemos... *Nou money*”. —Emanuel se ríe.



Ver para creer

— **H**ey, Memo, ¿te veo bien!

Samuel abre los labios y deja ver sus dientes blancos y cuadrados. Sonríe. Los ojos se le achican y se le forman líneas alrededor.

Guillermo —Memo— acaba de entrar a la sala. Escucha a Samuel, se ríe por el piropo, busca una silla, se sienta. Hace calor. Memo tiene una camisa de cuadros con las mangas cortas, un pantalón gris, los zapatos negros; lo obvio para un señor de más de sesenta años: la barba recién cortada, el celular inteligente en la mano. Su mirada en cada persona —eso parece: que lo mira a uno a los ojos.

Lo del «te veo bien» es un chiste. Guillermo no ve, o, bueno, ve muy poco: algunas sombras: la luz entrando a los ojos y con ella formas que se mueven —así lo describe. Memo tiene que aguzar los ojos, parpadear, acercarse para tentar el espacio, lo que le rodea. No le gusta caminar

con bastón ni usar gafas oscuras ni pedir ayuda... Y mucho menos aquí, en la sala de lectura de la Biblioteca Héctor González Mejía, ubicada en Comfenalco La Playa, su segunda casa. No le gusta que lo asistan: sabe dónde está el ascensor, sabe cuál es el botón para subir al cuarto piso, sabe el camino: hacia la derecha y, derecho, unos siete pasos y otra vez a la derecha, ahí están los computadores y, en la esquina, escondido, seguro, está Samuel frente a una pantalla. Y Guillermo sabe que él lo va a ver —sabe que lo ven—, que le va a decir «Eh, Memo», que le va a pedir que se siente, le va a mover una silla, le va a dar una palmada en el hombro y, tal vez, le va a hacer un chistecito:

—Hey, Memo, ¡te veo bien!

—Yo, la verdad, no te veo tan bien.

Se ríen. Yo también me río. Yo también veo bien a Guillermo; él me mira a los ojos y me dice:

—Así somos, un poquito crueles. Nos gustan los chistes. Yo me despido de Samuel diciéndole que mañana nos vemos.

Samuel y Guillermo llevan viéndose desde hace veinte años —la mirada como metáfora. El primero es tallerista formador y el segundo es estudiante. El primero tiene una cola de caballo en el pelo negro y el segundo tiene el pelo corto y gris. El primero es bibliotecario, el segundo es usuario. Se quieren. Se les ve en los ojos —no es un chiste—: se les ve en los ojos del alma —ese sí es un chiste—, y no lo digo yo; ese lo hace Guillermo.



La biblioteca de La Playa es... curiosa; es rara. Queda en un edificio de oficinas, es decir, en una estructura de concreto puro: el edificio es vertical, alto, con poco acceso a la luz del sol. Es frío. Parece un espacio burocrático: el celador en la entrada, unas mujeres que dan información detrás de unos vidrios, unas pancartas con eventos, una vitrina que expone libros viejos, y el ascensor y las escaleras al fondo. La luz de neón y el piso brillante; dan ganas de traer papeles y hacer fila. Pero nadie lo hace. Entran y salen personas con ropa deportiva, con una toalla en los hombros; personas adultas con libros en las manos, una boina en la cabeza, y estudiantes con uniforme de colegio.

—Disculpe, ¿dónde queda la biblioteca?

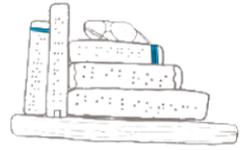
Le pregunto al celador, pero, pienso, tal vez debería preguntarle si en serio aquí hay una biblioteca.

—En el cuarto piso, a la derecha.

Cuando se abren las puertas del ascensor se ven unas sillas y, al frente, un televisor; dan una telenovela. Unos cuatro hombres están sentados, dos están durmiendo, uno consulta el periódico, otro ve la pantalla. En el fondo se ven los estantes, los libros, las mesas de lectura, los computadores, el silencio... La biblioteca.

—La verdad es que muchas personas vienen a dormir aquí, lo que no nos parece malo, pues sabemos que es un espacio seguro: que entre libros se puede soñar mejor.

Me dijo un funcionario de Comfenalco cuando le pregunté sobre los soñadores. Me explicó que la biblioteca queda en pleno centro de la ciudad, al lado de un hospital, en una de las calles más transitadas, con mucho ruido y tráfico y ventas ambulantes: cientos de carritos con mercancías, vendiendo mangos o piñas o tapabocas o velas o medias o camisetas o audífonos o protectores de pantallas de celular o pomadas de marihuana y coca... etcétera.



Afuera se siente el pulso de Medellín, pero aquí no. En el cuarto piso del edificio se está en una biblioteca: es tan tranquila que dan ganas de dormir y leer —o leer y dormir.

Hace unos catorce años alguien le dijo a Guillermo que en la biblioteca de La Playa estaban prestando libros para personas con discapacidad visual, libros en braille; también le dijo que estaban haciendo lecturas en voz alta para estas personas y que, además, tenían una máquina que escaneaba las hojas de los libros y luego leía. Eso le sorprendió. También le dijo que estaban dando clases de computación para personas ciegas.

—Y... ver para creer —dice Guillermo, quien desconfió del chisme y, obvio, hizo un chiste: —Que un ciego aprenda eso... ¡Ver para creer!

Se inscribió y después de unos días le dijeron que no era «apto», porque no tenía computador. Pero insistió, se quejó y habló, y, al final, le dieron un teclado y empezó a participar de las clases. Ahí conoció a Samuel.

Samuel llevaba algunos meses en la biblioteca, como bibliotecario, organizando libros y haciendo el trabajo de préstamo con los usuarios. Empezó a fijarse en las personas ciegas, en su interés por leer, en su lectura con las manos; se fijó en el espacio y los artefactos de lectura, tan limitantes para ellos. Los usuarios, en general, usaban los computadores para jugar o para chatear o para escribir cartas para empresas y, claro, ninguno era ciego; se le ocurrió que los computadores podían serles útiles. Empezó a consultar bases de navegación en internet para personas con discapacidad visual; entró a foros, leyó comentarios, descargó programas, los cacharreó. Descubrió JAWS, un *software* que lee las pantallas de los computadores y celulares. Aprendió a usarlo. Decidió abrir un curso: Sistemas para personas con discapacidad visual.

Memo entró al grupo.

—Yo vine para que me enseñaran a usar el escáner de lectura y para jugar ajedrez en el computador, pero, mire, terminé aprendiendo de códigos. Y sí, eso me cambió la vida. No totalmente, pues, pero sí: sí cambió.

Guillermo es el creador, junto con Samuel, del blog Computación para invidentes, una página web con información para manejar lectores de pantalla, como JAWS y TalkBack. El blog tiene entre mil trescientos y mil cuatrocientos artículos que enseñan, paso a paso, desde cómo usar Word hasta cómo descargar videos de YouTube con

Y2Mate, por ejemplo; o desde instrucciones para usar Gmail hasta instrucciones para aumentar o disminuir el volumen del audio del computador. Y todo a través de comandos de audio o textos.

—El blog es como una extensión de los cursos —dice Samuel.

Es decir, cada clase en la biblioteca trae nuevos retos, nuevos códigos, nuevas formas de navegación y, entre Samuel y sus estudiantes, encuentran soluciones: que un nuevo comando en el teclado, que una nueva página web. Cada una de esas soluciones es recogida y perfeccionada por Memo, quien escribe todo en un archivo Word y, luego, Samuel lee, edita y Guillermo sube el documento final al blog. Es el mismo método desde hace catorce años, cuando Samuel se fijó que Memo guardaba todo lo que aprendía de las clases y después lo enviaba por correo electrónico a sus contactos. Así fue como Samuel le propuso crear el blog.

Guillermo le dedica entre seis y siete horas diarias a su Computación para invidentes. Sus hijas le compraron un computador. Y su esposa —eso dice— es feliz de que venga: así no está tanto tiempo en la casa, molestando: velando: «Mirando qué hacer».

—De pronto es una exageración. A lo mejor me excedí, pero, ay, esa es la otra: ¡Es que cuando encuentro un comando me produce mucha felicidad! —Guillermo señala el computador:

—Por ejemplo, hace unos días yo necesitaba un comando para ir a la segunda página de Gmail,

«Inclusión es autogestionar el conocimiento; es decir, aprender y compartir junto con los otros».

Samuel Amaya

y no sabía y busqué. Y mire... —espicha el teclado: primero Ins luego O (Ins + O). La página con las celdas con correos salta a la siguiente página. —O esta, fácil: el título de la pantalla: Ins + T. —muestra la pantalla satisfecho.

Guillermo quiere revelarnos otro comando, pero entra una llamada a su celular. Suena un timbre y la máquina dice «Héctor Ramírez llamando», «Héctor Ramírez llamando». Memo acerca el celular a los ojos —muy cerca— y los achica; empieza a espichar la pantalla: mueve el dedo en diagonal hacia arriba, saca la lengua, la muerde: vuelve a intentar. «Héctor Ramírez llamando», «Héctor Ramírez llamando». Vuelve a mover el dedo, como un espadachín. Ahora la máquina dice «Activar llamada». Guillermo está concentrado. Todos a la expectativa, callados. «Inicio», otro sablazo. «Teléfono». «Héctor Ramírez llamando». «Llamada activada».

—¡Don Guillermo! —Suena la voz humana, en altavoz, desde el teléfono.

—Héctor, ¿ya llegó?

—Sí, ¿usted está muy ocupado? ¿Al fin almorzamos? ¿Lo espero?

—Yo estoy aquí en la biblioteca, pero, no, no, no me demoro.

—No, don Guillermo, si quiere conversamos otro día. No se preocupe.

—No, espere un momento, yo ya voy. Es que estoy en una conferencia. Ya estoy acabando.

Cuelga. «Llamada desactivada».

* * *

Guillermo nació en San Carlos, Antioquia. Zona rural. Fueron quince hermanos y los últimos cuatro eran ciegos. Cuando iban a ir a la escuela alguien le preguntó al papá, a don Pastor, que para qué les daba educación: que era bobada: que igual no podían trabajar.

—Ser ciego en un pueblo es más difícil. Todo es aislado, hay mucha ignorancia —cuenta Memo.

Los últimos hermanos fueron a la Escuela de Sordos y Ciegos de Medellín, fundada en 1925. Memo hizo allí la primaria y el bachillerato, entre los años cincuenta y sesenta.

Se graduó y empezó a trabajar en Inextra, una empresa de productos de aseo, para el hogar. Guillermo empacaba velas y jabón Lucero. Recibía la pasta de colores pastel, la cubría con papel, la pegaba y la echaba a una caja. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Y así: cientos y cientos de jabones

Te veo
bien

empacados todos los días. Decenas y decenas de cajas que olían a flores. Los dedos de Memo eran como arañas: cubriendo, pegando, echando. Así durante veinte años.

Se jubiló y montó un negocio en su casa: la ventana de la sala estaba abierta y ahí iba la gente y Guillermo saludaba —qué se le ofrece— y le compraban arroz, fresco, paletas, dulces. Después se aburría de atender y empezó a ir a la biblioteca de La Playa, a leer; después de unos meses, bueno, ya se sabe...

El blog tiene cerca de doscientos cuarenta mil consultas y, si uno escribe en Google, computación para invidentes, la página es el primer resultado. Gentes de Estados Unidos, Chile, Argentina y Perú, entre otros países, la navegan.

—Señores, me tengo que ir. ¿Será que va a llover? —Guillermo saca el celular y dice— Jai, Google, estado del tiempo. —La máquina responde. —No, no va a llover. —Nos mira a los ojos y baja la cabeza.

—¡Te veo mañana, Memo! —se despide Samuel.

Estamos en la nube

Mañana es hoy. Es decir, ya pasó un día desde el final del capítulo anterior: de ese «Te veo mañana, Memo».

Hoy no está Memo, sin embargo. ¿Por qué? Porque él llega más tarde y hoy madrugaron —un poquito— para estar en la clase de sistemas para adultos mayores. Son las ocho de la mañana. Seguimos en la Biblioteca Héctor González Mejía, de La Playa, y Samuel ya está frente a su computador. Al lado se encuentra Jaime, frente a otro computador; hoy tiene una entrevista de trabajo y está nervioso. Deséenle suerte —aunque nosotros ya sabemos su suerte, pero no lo diremos; primero lo primero.

—En la playa, y yo al lado de ella... En la playa, en la playa... —Canta una mujer con trenzas en la cabeza, una camisita de tela delgada, las manos gruesas y fuertes tocan el teclado; ella mira la pantalla del computador; también canta: —En la playa, y yo al lado de ella... En la playa, en la playa...

—Se levanta de su puesto y le pregunta al vecino de estudio que si ya «chulió» —se refiere a la encuesta para calificar el taller—. Luego le dice que tiene que abrir el correo electrónico; el señor, flaco, con unas gafas gruesas, de unos setenta años, asiente.

—¿Hace cuánto empezamos los talleres? —la mujer de trenzas pregunta. Antes de las ocho y media, ¿cierto?

Todos se ríen. Y ella vuelve a cantar:

—En la playa, y yo al lado de ella... En la playa, en la playa...

—Eh, pero usted está muy feliz —le dice Samuel.

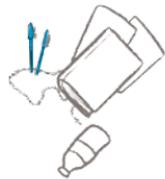
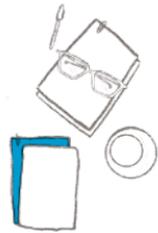
En la sala hay veinte computadores divididos en cuatro mesas. Hay catorce personas ocupando esos espacios: seis mujeres y ocho hombres. Hoy es la penúltima clase del año. Trece personas están conectadas desde sus casas. Todas tienen más de cincuenta años.

—Quiubo, Gonza. Quiubo, Lucho. —Samuel saluda a los conectados. Hay personas de otros municipios de Antioquia, también de Cartagena y Quibdó.

—Buenas. Buenas. Hola. Buen día. Hola —responden.

—Para quienes llegaron tarde... Estamos calificando el curso porque ya casi se acaba. Yo les envié un mensaje de WhatsApp y Telegram, recuerden.

—Profe, ¿y al fin va a venir a Cartagena? Aquí le tengo el chinchorro.



—Ay, vamos a ver, Juana... Yo ya había empacado la pantaloneta, pero todo está muy caro.

Jaime —al que le deseamos suerte— se levanta del asiento, le pide a Samuel unos audífonos con auriculares para su entrevista. Se va. Jaime tiene una camisa de mangas largas, de cuadros, azul. Es flaco. Lleva casi un año buscando trabajo desde la sala de computadores de Comfenalco: enviando hojas de vida a empresas, revisando ofertas, ofreciendo sus servicios de profesor de inglés. Hace unos meses Samuel y él crearon un blog para enseñar la lengua y, de paso, para que conozcan el trabajo de Jaime; la idea es que lo contraten para clases personalizadas. Esa es la idea.

—Profe, ¿a usted le llegaron dos mensajes de correo? —pregunta el hombre con gafas.

—Sí, muchas gracias.

—Ay, es que estaba ensayando y no sabía con quién —se ríe.

Entra una mujer y deja una tetera metálica; adentro hay café. También deja unas tazas de porcelana blanca.

—Vamos por la vitamina —dice un hombre con bigote negro. Se levanta y sirve la bebida; el humo subiendo.

—Bueno, estábamos en Drive, ¿no? —Samuel alza la voz. Hoy la clase no va a ser teórica. Bueno... primero el comando "Windows + D" —se escuchan los teclados. —No, Isma, el comando "Windows" sostenido y "D".

—Ah, ya, ya.

«Incluir no es ver al otro como un ser extraño, sino más bien, es verlo desde su yo: desde lo que es y lo que nos diferencia y compartimos».

Andrés Vásquez

Jaime vuelve:

—¿Qué pasó?

—No coge la reunión con mi celular... Es el volumen, no se escucha... ¿Qué hago? ¿Les digo que me reprogramen? ¿Será que sí lo hacen? Y, si no, pues, se perdió la oportunidad —Alguien repite: "Windows + D".

—No, mire —dice Samuel— coja mi celular y se conecta con él. Mire, mire, esta es la clave.

Jaime se va. Samuel lo sigue con la mirada, algo inquieto; ayer me dijo que lo que más le gustaría es que Jaime consiga trabajo: que no se sentara todos los días a su lado.

—¿Ya abrieron Google Chrome? Deben tener la pestaña arriba, titilando, en la barra de direcciones. En el lado derecho están las aplicaciones de Google —una señora con el pelo revuelto repite "Sí. Sí. Sí"—, y le dan a Drive. ¿Cómo se dice en inglés? *Draiv*... ¿Quién no está en la nube? Bueno. Ahí creen una carpeta. ¿Recuerdan cómo es el atajo para crear la carpeta? "Shift + F".

—Ah. Sí. Sí. Sí. Sí, señor —dice la mujer con los pelos revueltos.

Samuel les pide que le pongan un nombre a la carpeta, que creen unos archivos, unos

documentos Word, y que suelten los archivos allí, en la carpeta. La mujer de trenzas abre los brazos; crea una carpeta con nombre Ajo.

Jaime vuelve. Samuel le pregunta si le funcionó:

—No, tocó reprogramar. Me dijeron que a las doce. Súper amables... Súper amables —Jaime se queda en silencio, unos segundos. —Voy a tomar la clase arriba —dice.

Samuel y Jaime se conocieron en los talleres de computación con adultos mayores; Jaime es estudiante.

—Bueno. Hagan clic vacío... ¿Sí recuerdan? Clic izquierdo —los mira. ¿Todos van bien? Esto ya lo vimos, es lo básico: manejo de carpetas.

El señor del bigote bosteza. La señora con trenzas mira su celular: son las nueve y doce de la mañana.

—Elpidia —dice Samuel; señala a una mujer con un delantal rosado. —Elpidia, *mouse*: *mouse* para seleccionar, enter para abrir.

—Pera —le dice al hombre de gafas. ¿Para qué carpetas sin información? ¿Dónde están los archivos de Word? —mira la pantalla. —Recuerden que las carpetas son como un costal, como un bolso.

Se escuchan los jum y los tecleos. Samuel les pide que escriban. Suenan los dedos sobre los teclados, fuerte: p-r-o-p-i-e-d-a-d-e-s (espacio) m-e-d-i-c-i-n-a-l-e-s (espacio) d-e-l (espacio) a-j-o (punto).

La mujer de trenzas vuelve a estirar sus brazos. Bosteza. Suena un celular. Elpidia contesta, susurra, al otro lado de la línea se escucha un señor.

«Bueno», dice ella, y cuelga. Mira la pantalla, mira a su vecina y le pregunta que ahora qué hace.

—Manuel, cierre eso —un señor con gorra gris abrió una foto con una mujer; es la foto del perfil de WhatsApp de alguien, una mujer joven. El señor mueve el *mouse* y el teclado, no sabe qué hacer. Todos lo miran y se ríen. —No, Manuel, usted iba muy bien, y mire —todos se ríen.

Samuel continúa: que miren la barra de direcciones: que muy bien: que ahora vayan a la carpeta en la nube: que ahí está el historial de lo que han hecho.

—Elpidia, primero usted... No, dele enter. No, al teclado. Ay, yo no sé qué estaba haciendo usted, pero, mire, se atrasó. Los otros ya hicieron eso.

—No, es que me llamaron.

—Ah, no, con razón.

La vecina se para frente al computador de Elpidia y le ayuda.

—Bueno, cuando creen el documento y quieran guardar ahí les va a salir una ventana para que le pongan el nombre: el archivo se queda esperando a que ustedes le pongan el nombre...

—Esperando el bus, esperando el bus —canta la de las trenzas.

—Ahí ya entramos en Word.

El hombre de bigote estira los brazos hacia arriba.

—Samuel, me perdí, me perdí —dice Elpidia.

—¿Se perdió?

—Ay, no, qué pesar que se perdió —dice la de las trenzas.

—Aquí la pasamos muy bueno —dice una mujer con un rosario colgando del cuello.

La de las trenzas se levanta de la silla y empieza a conversar con la mujer de al lado, la del pelo revuelto; habla en voz baja: está pidiendo plata para la natilla, dice: para la novena del jueves. La señora le da plata y va a otro puesto.

—Ay, ¡qué calor! —dice Elpidia.

—Listo. ¿Ya todos tienen el documento Word dentro de la carpeta? Ahora escriban: combate los hongos —suenan los teclados. —Elpidia —dice Samuel— com-ba-te los hon-gos —ella estira los brazos y escribe todo con un dedo, lento.

La mujer de trenzas estira los brazos.

—Samuel, ¿cómo es que guardo? —pregunta Elpidia.

—Con enter —responde la mujer de las trenzas.

—¿Ya todos están en el escritorio?

—Sí, señor.

Suena un celular: tu-tu-tutú-tu-tu-tu-tutú.

—Bájale el volumen —dice la señora de las trenzas.

—Abran Google Chrome. Clic derecho y escriban: do-cu-men-to de Google.

El señor de bigote estornuda.

—¿Dieron clic?

—Sí.

—Documento sin título —dice alguien.

El señor de bigote estira sus brazos hacia arriba y bosteza; mueve sus dedos.

—Van a escribir “mejora la presión arterial”.

Suenan las teclas. El señor de la gorra gris se voltea, mira la pantalla de su vecino, mira lo que hace, su dedo índice está en la punta de la nariz.

—¿Qué escribo? —pregunta el de gorra.

—Cualquier cosa: Hola, oso, por ejemplo —dice Samuel.

Suena jazz. Suena el celular de la mujer con trenzas. Se para y contesta. La pantalla de su computador dice: «El ajo es reconocido como fungicida para los hongos...». El visor titila en una de las letras. Samuel les cuenta que el archivo está en la nube. La mujer vuelve a su puesto:

—¿Cuál nubecita? —pregunta. La mujer de al lado, la vecina de pelo revuelto, le explica.

—Ah, ya —retoma la tarea: escribe: "... en los jardines". El ajo es reconocido como fungicida para los hongos en los jardines. Suspira.

—¿Vamos bien?

—Sí, señor.

—Elpidia, clic para seleccionar, enter para abrir.

—Profe... Yo estoy en el Word —dice Elpidia.

—Cíérrelo.

—En la equis —le señala el señor del bigote.

—Ahora vamos a buscar una aplicación que dice hoja de cálculo... Ve, y hablando de eso: ¿Será que el ajo ayuda al cálculo?

—Sí, lo engorda —dice la mujer de trenzas. Todos se ríen.

—¿Lo que abrieron está lleno de cuadritos?

—Sí.

—Van a buscar la E10.



—Listo —dice el de bigote. —La cerda está presta, pa.

La señora de trenzas se estira de nuevo, suspira.

—¿Vamos bien?

—Sí, señor.

—Bueno, vamos a ponerle un título.

—Hoja uno —dice el de gafas.

—Propiedades medicinales —dice la de pelo revuelto.

—Profe, se me perdió la 'é' —dice Elpidia. Todos se ríen.

—¿Y por qué el mío es grande? —pregunta la mujer de pelos revueltos y el señor de bigote se acerca:

—Porque... Mire: porque se vuelve grande... Mire —señala la mujer de pelos revueltos con el dedo sobre la pantalla.

—Ay, ¿qué hizo muchacha? Se le perdió —dice el de bigotes mientras coge el *mouse* y lo mueve; ella lo mira.

—¿Cómo era?

—Propiedades medicinales —responde Samuel.

—Profe, ¡me lo desapareció! —grita la de pelo revuelto, señalando al de bigotes. Todos se ríen.

—No, váyase que me lo dañó, ehh... —le dice.

—¿Ya lo arregló? —pregunta Samuel.

La mujer de trenzas estira los brazos y bosteza; al final, cuando ya está cerrando la boca, se cubre con el puño cerrado.

—Dele clic y verá que sale toda la dirección.

—Ah, sí. Sí, señor —dice la de los pelos revueltos.

—Lean lo que dice ahí —les pide Samuel.

La mujer con trenzas mira la pantalla; sus manos están en los pómulos, coge las patas de sus gafas con los dedos. Lee. Alguien tose. El de bigote entrecruza sus dedos en la nuca, los codos abiertos: los brazos en triángulo. La que tiene trenzas bosteza y dice:

—Tengo sueño, ya.

—Elpidia... Es en hoja de cálculo... Está caliente —ella acerca sus ojos a la pantalla mientras mueve el *mouse*; está buscando.

El de bigote ahora tiene sus gafas en la punta de la nariz.

—Venga, muchachos. Yo no dije que seleccionen la esquina y arrastren. No, seleccionen el uno y el tres, y buscan la esquina derecha y arrastran.

La mujer de trenzas se ríe.

—¿Ya se perdió? —le pregunta Samuel al señor con gorra gris.

—No, ya aprendí —y el señor selecciona la celda y estira.

—Ahora la pregunta es... ¿Cómo guardo?

—Ayyyyyy... —responde el de bigote.

Samuel se acerca al computador y les pregunta a los que están conectados si todo bien.

De repente, los señores y señoras que están en la sala se levantan, hablan entre ellos, fuerte: uno le dice lo que va a hacer más tarde, otra le pide plata a otra para la natilla y un señor mira su celular. La de trenzas bosteza y estira los brazos.



Juan Salazar Piedrahita

—Muchachos —dice Samuel— son las diez y veintidós; si se van ya se van del todo.

—Aguante un poquito —le dice el de gafas al señor que quería ir al baño.

—La próxima clase es la última del año. Ese día hacemos un repaso.

—Si Dios quiere.

—Por favor limpien y vámonos.

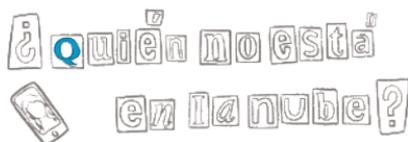
—Sí, ya. Ya quiero descansar. ¡Hoy sí practica-
mos bastante! —dice la mujer de trenzas.

—Muy buena la clase —dice el de gafas.

—Mire que la gente se concentró porque se iba
a orinar —dice la de trenzas.

Todos se ríen. Un señor mete su cuaderno de
clases en una bolsa de plástico; tiene el esfero
colgando del cuello de la camisa. Se despide de
Samuel, tímido:

—Hasta luego. Dios te pague, Samuel.





Abracadabra

Esta es una historia con tres trucos. Todos suceden en Santa Rosa de Osos, un municipio donde había osos, pero que desaparecieron porque los cazaron —eso dice la gente. También dicen que si uno pone la oreja en las baldosas de la iglesia principal va a escuchar el agua fluyendo: dicen que debajo de Santa Rosa de Osos hay una mina con oro. Pero eso no es lo importante: lo importante son los trucos. En el primero, Simón Bolívar —el Libertador— se vuelve enano y el poeta se hace grande y vive a pesar de la muerte. En el segundo, los adultos se convierten en gentes con narices rojas y mujeres con plumas; las hojas de un libro, además, provocan risas y gritos... Es un escándalo de niños gritando al mismo tiempo. En el tercer y último truco, los varones desaparecen: no se les encuentra ni a la izquierda ni a la derecha.

Primer truco

En Santa Rosa de Osos, en el parque principal, el monumento del poeta Porfirio Barba Jacob es más grande que el monumento del libertador Simón Bolívar. Y aunque el primero es abstracto y el segundo figurativo —y hay diferencias en el *concepto*—, y aunque el primero nació allí y el segundo en Caracas —y puede ser cuestión de regionalismo—, pues, sea como sea, el cuerpo de Bolívar, con los brazos cruzados, está evidentemente recortado; lo de Barba Jacob, en cambio, es una extravagancia que apunta a la grandeza. Su monumento tiene una base de piedra marrón y desde ahí se alza una suerte de alfil con un vientre hueco que contiene las cenizas del poeta, unos vidrios lo cubren, pero dejan ver su interior: un contenedor con forma de cáliz, brillante; en la punta, arriba, sale una mano que sostiene, con su palma, la rodilla izquierda de un cuerpo en diagonal que parece querer volar, con sus pies y brazos extendidos, y una textura de sábana cubriendo el cuerpo y unas alas que salen de los brazos. Sobre la base hay una inscripción: «Poeta de la vida y de la muerte». Y abajo están escritas las cuatro estrofas del poema *Futuro* —comparto la tercera—:

De simas no sondadas subía a las estrellas;
un gran dolor incógnito vibraba por su acento;
fue sabio en sus abismos —y humilde, humilde,
de, humilde—,
porque no es nada una llamita al viento...

«Yo pienso la inclusión en clave de hospitalidad. La inclusión, para mí, es un acto de amor público; es abrirle la puerta a cualquiera para que entre a nuestra casa, siendo como quiera ser».

Juan Felipe Gómez

Segundo truco

Son las siete y media de la mañana del sábado. Los campesinos ya están en el parque principal, bajo unas carpas con techos de plástico y, junto a ellos, organizados, piñas, mandarinas, siete gallinas muertas en plásticos —sin plumas—, mangos, aguacates, ciruelas, yucas, arvejas y frijoles. La gente saca billetes y transa: pregunta que a cuánto, tocan, agarran, muerden, comen y saludan. Por ahí va pasando un señor con un carrito de tinto; la gente se acerca y él sirve la bebida caliente y negra en plásticos blancos y echa azúcar desde un tarro de salsa roja, sin preguntar.

Y en medio de todo, entre las gentes que caminan y los perros que sacan las lenguas o duermen, o el que vende maní para la iglesia cristiana o la que toma el sol porque milagrosamente no está lloviendo en este cielo roto, pues, lo obvio: un circo en el parque: o el Bibliocirco, como lo llaman: una carpa con payasos, malabaristas y saltimbanquis con vestidos de plumas para que las familias se entretengan gratis —con palomitas de maíz y todo— y para que, al tiempo, lean en voz alta literatura infantil; esa es la idea: la idea

es mezclar circo y literatura: que antes del show se lea un cuento en voz alta —para los niños se llama Circo Lector—; luego vienen los payasos y los malabaristas a hacer lo suyo: los niños gritan y ríen y comen palomitas y señalan: «Tan boooooos», dice uno: sueltan carcajadas. La lectura es el abrebocas: así se libera la imaginación para recibir a los humanos con narices rojas y con instrumentos que los hacen saltar y colgarse y moverse más rápido y tener, incluso, más brazos: con cuerdas, monopatines, pelotas, telas... Las niñas y niños tienen sus bocas abiertas: son felices: algunos vienen de las veredas, a una hora de la cabecera municipal. Y aplauden.

Tercer truco

(Primera parte)

El Bibliocirco viajó desde Medellín: la carpa, los andamios, las sillas, los instrumentos, los payasos, los libros y los promotores de lectura... Todos viajaron durante unas horas para instalarse en el lugar donde había osos y donde ahora hay un poeta y un libertador chaparro: el parque principal. Así lo han hecho en varios municipios de Antioquia. En Santa Rosa de Osos se quedarán durante dos días para ofrecer funciones en la mañana y la tarde. El Bibliocirco tiene una carpa grande, donde se hace el espectáculo principal, y una carpa pequeña, donde hay libros y juguetes, y donde los niños y sus familias leen en voz alta.

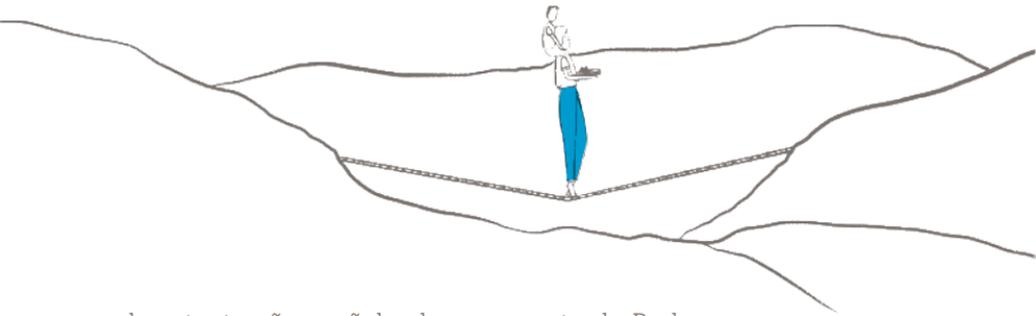
SOLAS CON SUS HIJOS

La primera función del primer día es a las diez y treinta de la mañana y hay cerca de sesenta personas, entre niños, niñas, mujeres y hombres —y un perro acostado sobre un banco de madera. Sesenta es un número general y más si se trata de varones. A ver —y aquí está el truco—: hay dos hombres solos con sus hijos; hay cinco parejas —mujer y hombre— con sus hijos, y hay dieciséis mujeres solas con sus hijos. Las mujeres que acompañan —solas— a los niños son la inmensa mayoría. ¿Dónde están los hombres? Desaparecieron.

Ser mujer es ser familia (conjunto). Ser hombre es ser hombre (individuo). Truculento.

(Segunda parte)

Hoy es el segundo y último día de las funciones del Bibliocirco. Los campesinos ya están bajo las carpas con techos de plástico y, junto a ellos, organizados, piñas, mandarinas, tres gallinas muertas en plásticos —sin plumas—, mangos, aguacates, ciruelas, yucas, plátanos verdes agarrados al pinzote, bananos amarillos y verdes, arvejas y frijoles. La gente saca billetes y transa: pregunta que a cuánto, tocan, agarran, muerden, comen y saludan. Hay más personas borrachas, durmiendo entre las bancas. Una pareja de turistas de más



de setenta años señala el monumento de Barba Jacob. Una mujer se sienta en la 'ó' donde el borracho estaba durmiendo ayer —en el letrero de Yo (corazón) Santa Rosa de Osos— y se toma una foto. No se ve al señor del carrito de tinto ni al que vende maní. Hoy hace sol, también.

Y en medio de todo, entre los feligreses que salen de misa y los viejitos que se sientan en las bancas y los perros y los hombres que sacan las lenguas o duermen, pues, lo que ya no es obvio, pero, igual, sigue siendo un truco —nuestro segundo truco—: el Bibliocirco con sus intenciones de hacer de la lectura algo más que una hoja de un libro y del circo más que payasos.

Ahora son las diez de la mañana y la primera función del día está a punto de empezar. ¿Y adivinen? Todavía siguen desaparecidos... Sí, los varones: hay cerca de treinta personas dentro de la carpa, entre niños, niñas, mujeres y hombres. Treinta sigue siendo un número general y generoso con la población masculina, así que, a ver: hay dos varones solos con sus hijos, hay cuatro parejas —mujer y hombre— con sus hijos y hay diez mujeres solas con sus hijos.

Juan Salazar Piedrahita

La familia se hace sin el hombre. El hombre se hace sin familia. Ese es el truco: el engaño: la mujer es la compañía —dígase: secretaria: acompañante: modelo: ayudante— del mago: el que desaparece y se hace desaparecer. Abracadabra.



Piecitos de libros

Hay montañas como olas y no hay peces. Unas vacas lecheras siguen caminos ondulantes, subiendo y bajando. Las corrientes son de viento. Hace frío, pero cuando el sol está arriba, parece que los rayos se acercan a la piel con piedras y las frotan y sacan chispas: dejan marcas rojas en hombros o cuello o cachetes: queman. De vez en cuando hay un navajazo de brisa que hace tiritar, y uno no sabe si ponerse la chaqueta o quitarse la camiseta para broncearse.

En eso pienso, algo adormilado, mientras veo desde la ventana el paisaje de la vereda: tan turista: tan periodista.

En eso pienso, también, mientras Juan David habla. Y no sé cómo contener las ganas de dormir después de comer bandeja paisa y coger un carro y subir las montañas en caminitos de serpiente. Y las vacas subiendo y bajando, como un sueño. Trastabillito: cierro los ojos: cabeceo: le digo a Juan David que «Ajam» y tomo notas. El carro se mueve y las letras

parecen el resultado de un estudio de algo que se le hace a los cerebros, la tinta hacia arriba y hacia abajo.

—Mijo, ¿quiere una empanada?

Me pregunta el papá de Juan David, quien está en los asientos de atrás. Le digo que no, que gracias. Insiste.

—No, justo acabo de almorzar: comí una bandeja paisa.

Juan David tiene los brazos anchos, la espalda ancha y los muslos igual de anchos. Con una mano coge la empanada, con la otra el timón. Es profesor de Geografía e Historia, de la Institución Educativa Cardenal Aníbal Muñoz Duque, una escuela rural que queda en la punta de una montañita, en la vereda El Sabanazo, a una hora de Santa Rosa de Osos; allí lleva trece años.

En el retrovisor se ve al papá comiendo empanadas; agarra con sus manos las sillas delanteras: habla del municipio, del calor que hace, de las vacas, me pregunta que de dónde soy... La camándula cuelga del espejo retrovisor y se mueve con el carro. El papá dice que las empanadas están muy buenas.

Hay tres teorías sobre el nombre de El Sabanazo, asegura Juan David: la primera no me convence mucho, porque hay colinas; la segunda es la que más le convence a él; la última es la que más me gusta. La primera dice que es porque el terreno es relativamente llano, con pocos árboles y muchas hierbas. La segunda, que fue un asentamiento indígena, que las comunidades «motilaban» — cortaban el pelo—, y que por eso les decían saba-
neros. La tercera tiene que recrearse:

Hay dos mujeres tendiendo sus ropas mojadas, después de lavarlas con agua del río. Hay una cuerda y el viento sopla fuerte. Las dos mujeres hablan de forma amistosa mientras acomodan los trapitos, pero, de repente, empiezan a discutir, a discutir fuerte, muy fuerte; entonces, la gente se acerca a ellas, las ven y ellas no paran, se gritan. Una le tira una sábana mojada a la otra, a la cara. La gente grita: «Uy, ¡qué sabanazo!» Y así fue como se bautizaron esas tierras: El Sabanazo.

Juan David se ríe y yo ya estoy despierto: lo escucho con atención. Después dice que a pesar de lo anterior, la verdad es que El Sabanazo es una tierra tranquila, sin tantos conflictos, donde todo —casi todo— gira en torno a la leche: hay senderos de piedra con techos de plástico, delgados, por donde cruzan las vacas; hay carreteras angostas, sin pavimentar, donde traquetean camiones que transportan leche; desde el camino se ven las salas para ordeñar, máquinas para pasteurizar, tarros térmicos gigantes que almacenan el líquido. Y también están las familias que durante años han trabajado en la industria, vendiendo el producto a las empresas grandes. Además, está el colegio y los niños y las fincas, la mayoría de ellas ocupadas por algunos meses, en arriendo; Juan David explica que muchas familias van y vienen: que no son tierras con gentes que echan raíz: que todo depende del negocio de la leche, del consumo y de los precios.

—Pero, entonces, ¿cómo hace con los libros?
—le pregunto.

—No, eso es lo de menos; a veces se pierden, pero, en general, las familias los cuidan y si se van me entregan el morral o lo dejan con algún vecino. Ese no es el problema; el asunto es *Satanás*.

—¿*Satanás*?

Palabras Viajeras es un proyecto de Comfenalco Antioquia que se encuentra en El Sabanazo (Santa Rosa de Osos), Mina Vieja (Yarumal), San José de Apartadó y en el municipio de Chigorodó. Se reparten, en cada una, veinticinco morrales para veinticinco familias; cada morral contiene seis libros —literatura infantil, juvenil o universal; cocina o libros técnicos sobre agricultura o piscicultura, digamos—; el morral tiene, también, una bitácora, donde las familias —generalmente las madres— escriben sus impresiones sobre los libros: lo que les gustó —o no.

En 2019 llamaron a Juan David. El rector le preguntó que si quería ser mediador de lectura del proyecto: le dijeron que tenía que hacer un diagnóstico, conversar con familias, ver quiénes estaban interesadas en recibir los morrales y escogerlas. También, le dijeron que cada semana debía reunirse con ellas en el colegio y compartir experiencias de lectura. Ese era el compromiso.

Juan David aceptó y empezó a ir en su moto, por las veredas, cargando los morrales con los libros. Entre las cosas que llevaba estaba *Satanás*.

Ahora sí, *Satanás*:



Irma estaba en su casa con su familia, su hijo y su hija —Kevin y Sara— y su mamá y su hermana menor, quienes estaban de visita; el esposo estaba afuera, con las vacas, trabajando. Ellas tomaban chocolate en agua y Ducales. De repente, Juan David llegó con un morral. Sara se emocionó —siempre se emociona: le dan curiosidad los nuevos libros. Kevin no lee, así que le dio igual. Sea como sea, toda la familia se reunió alrededor del morral y, como si fuera Navidad, sacaron el material y fueron descubriendo títulos: un libro sobre cultivos; uno de niños, de Anthony Browne; otro de superación personal y relación con los hijos, y otro, *Satanás*, de Mario Mendoza. Cuando la mamá de Irma lo vio le preguntó que qué era eso: que eso era un libro de satanismo y, ¡Dios mío! —desvió la mirada hacia otro lugar.

—Usted sabe que uno se basa en la portada y no en el contenido —dice Irma, algo apenada.

Entonces, ella le dijo a Juan David que no: esos libros no: que nosotros somos católicos:

—No queremos ese libro.

Juan David les explicó que no era satanismo: que era una novela de ficción basada en hechos reales sobre un señor asesino, en Bogotá. Irma y la hermana se quedaron con el libro, con algo de recelo; la mamá no estaba de acuerdo, pero, bueno, allá ellas: ya están grandes. Las hermanas empezaron a leer ese día y, al final de la tarde, la hermana se tenía que ir; le preguntó a Irma que si podía llevarse el libro, ella dijo que sí. Unas semanas después lo devolvió e Irma empezó a leerlo, pero, justo, ya habían pasados los dos meses

con el morral y Juan David llegó a recoger el material. Irma le pidió, por favor, que se lo dejara más tiempo: que no había acabado; él aceptó. Irma lo leyó y le gustó tanto que lo compró, para releerlo después.

—Es el libro que más ha marcado a la gente —dice Juan David. Algunos lo devuelven, y ya, pero otros lo aceptan y lo leen con algo de sospecha y, después, generalmente, les gusta.

A Irma le gustó. También le gustó un libro sobre adolescentes —para entenderlos, dice ella—; y otro de cuentos, de Hércules. Le gustan los de superación personal, la verdad: *Juventud en éxtasis* o *Papá por qué no estás aquí*; eran los que ella leía en el Círculo de Lectores, en Santa Rosa de Osos, hace unos años, cuando era soltera y no tenía hijos.

Por eso le gustó ese morral con libros. Por eso buscó a Juan David, en 2022.

Kevin, el hijo, le contó que había un profesor que estaba repartiendo libros: «Que los entregaba para que la mamá los leyera» —eso dijo Kevin.

—Después fui a la escuela y le pregunté al profe, pero él me contó que no había cupos: que ya estaban todas las familias: que esperara. Y pasaron tres meses hasta que me dio el morral, en la escuela.

Sara recuerda que cuando su mamá llevó el morral, todos se sentaron alrededor para ver qué le tocaba a cada quien; ella escogió uno de *La Cenicienta* y otro de Rafael Pombo. Kevin no escogió —Él es más bien apartadito de los libros —comenta Irma. El esposo también es apartadito y no escogió. Sara sí se entusiasmó: al principio le decía a la mamá

que le leyera; luego aprendió a leer y ahora lo hace sola. A veces le dice a Irma que le va a leer y se sienta a su lado y lee en voz alta.

—¿Y usted lee junto con Sara? ¿Le lee en voz alta? —le pregunto a Irma.

—No. Es que acá en la finca uno se ocupa mucho: hay mucho trabajo: lavar el tanque, lavar la pezonera, hacer la comida, arreglar, barrer...

No insisto. Suena un canario dentro de una jaula que cuelga. Le pregunto a Sara que si tiene vacas: que cómo se llaman. Ella me señala a una pequeña con manchas blancas con negro, que está detrás de unas rejas de púas, en un pasto chiquito. Se llama Rosalía.

—¿Y Jaime lee con ustedes? —le pregunto a Diana; Jaime es su esposo; los dos tienen dos hijos: Mateo y Matías. La familia vive en la punta de una colina verde, pasando el camino inclinado; en la entrada están las bicicletas de los niños y el camión de la leche y un cuarto con cacharos; a unos metros está la casa, con un romero inmenso y un jade inmenso, y las buganvillas subiendo por el techo de la terraza. También hay fresas, moras, curubas, salvias, árboles de aguacate, manzanas e higos —la higuera—, y gallinas y patos y mariposas blancas revoloteando; atrás de la casa hay un camino marcado con piedra —rodeado de pasto corto— que lleva hacia la sala de ordeño, a unos diez minutos de camino, a pie; allí está Jaime, trabajando desde temprano.

—Jaime no se integra mucho. Una vez vio un libro de hojas, de plantas y aromáticas, que después dejó. Pero a Mateo le gusta leerle. Una vez le dijo: “Papá, venga le voy a leer este cuento” y él, mientras Mateo le leía, me preguntó que dónde estaba el almuerzo; yo le dije que esperara a que el niño terminara de leerle el libro. Y ahí se quedaron: él esperando, con hambre, el niño leyéndole.

Diana también trabaja desde temprano: preparando comidas, alistando a Mateo para que vaya al colegio, regando sus árboles y frutas, cultivando, abonando, alimentando a las gallinas, leyéndoles a los niños...

—Y yo trato de que las lecturas sean por la tarde, pero a Mateo le gusta por las noches y que todos los días sea un cuento diferente, antes de dormir. Y yo le leo, ¡pero es que son muy largos! Y yo empiezo a bregar y me da la bostezadera y las lágrimas en los ojos y, a veces, me quedo dormida.

Mateo tiene siete años y le gusta leer. Es tímido. Sus ojos son verdes y sus pestañas largas, el pelo rubio a ras. Su libro favorito es *El libro de los cerdos*, de Anthony Browne.

Mientras Diana nos habla Mateo lee *Los tres cerditos de India*, de Guia Risari; pasa las hojas, mueve los labios y levanta la mirada de vez en cuando: nos ve. Mateus, de cinco años, en cambio, se sienta sobre las piernas de su mamá, la abraza, nos da la espalda y nos mira de reojo. A Mateus no le gusta leer tanto; prefiere ver la novela de televisión de Rigoberto Urán y montar bicicleta; también es tímido, pero

Entre
veredas

cuando tiene confianza habla y corre y muestra sus juguetes. Mateo es más casero —dice Diana—: él le señala árboles y la llama: «Mamá, mirá ese árbol, tan lindo». Una vez ella lo vio contemplando el horizonte, quieto; le preguntó que qué hacía y él le respondió que estaba practicando yoga.

—¿Yoga? —pensó: ¿Y de dónde habrá sacado eso? Luego supo que había un programa de televisión animado, de animales que hacían yoga; Mateo lo veía.

A Diana no le gusta leer, la verdad, pero hace el esfuerzo por los niños. Lo que sí le gusta a Diana es su jardín de flores y suculentas y sus árboles y su huerta con frutos. Habla de cada árbol con orgullo, nos regala higos, nos regala «piecitos» de plantas, nos regala uchuvas; nos cuenta secretos para que tal o tal crezcan. Juan David le dice que es impresionante lo que hace: que en estas tierras no es fácil. Todos se entusiasman más —Juan David, su papá, Diana y hasta los niños— cuando recorremos la casa y sus frutos.

Los niños corren, me indican dónde juegan, me hablan del perro y Mateus coge las gallinas y me señala dónde están los aguacates; incluso Mateo muestra cómo hace yoga y Mateus, al lado, hace lo mismo: los dos con los ojos cerrados, sonriendo y el mudra, con los dedos pulgares unidos a los índices. Los libros quedan a un lado —la verdad. Diana lo dice: fuera de que aprendan a leer, también es importante que aprendan a sembrar una cebolla: que ellos sepan cuáles son sus raíces: que sepan ordeñar una vaca.



Kirame

-Liliana-

No puedo ir a Dabeiba, en Antioquia. Llamo a Liliana a su número celular, no contesta, insisto: no contesta. Dejo un mensaje de voz: Liliana, buen día. Es Juan Salazar Piedrahita. Soy periodista. La llamo porque no tengo WhatsApp. Es que estoy escribiendo un libro sobre inclusión. Me gustaría conversar con usted... Y así. Cuando cuelgo me pregunto: ¿Todavía se escuchan los mensajes de voz?

Liliana responde unos días después, luego de insistir; dice que sí: que hablemos por videollamada: que cómo así que no voy a Dabeiba —se burla. Colgamos. Unos minutos después me llega un correo electrónico:

Juan. Dialogué con mi jefe inmediata y me comenta que debe confirmar con el equipo de comunicaciones para dar claridad de algunas especificaciones.

Apenas ella me dé respuesta, nuevamente le escribo por este medio para retomar la reunión.

De igual manera, en lo posible me regala la información de quién es usted, qué vamos a hacer y con qué fin, para tenerlo aquí plasmado en el correo.

Le agradezco. Feliz tarde.

-Yina-

Le escribo a Yina por WhatsApp —conseguí un número «secreto». Le digo que soy periodista: que quiero hablar con ella: le digo que me gustaría conversar sobre su trabajo con comunidades, en primera infancia, en Dabeiba. Doy detalles para no generar suspicacias, como lo hice con Liliana: este es un libro para Comfenalco Antioquia, es de inclusión, es periodismo, no puedo viajar, su contacto me lo compartió D., la semana pasada hablé con su compañera, Liliana...

—Sí, ella me contó. Me acomodo a su horario.

-Liliana-

Se escuchan los pájaros al fondo. Liliana busca un lugar. Me pide que espere; la cámara se mueve barriendo su espacio; trato de adivinar dónde está. Acomoda el celular frente a una pared; en el medio está ella. Le digo que se escuchan los pájaros.

—Sí, es que estamos cerca al parque... Oiga, ¿cómo así que no puede venir? Debería conocer. Si estamos aquí a la vuelta.

Me rio. Le pregunto si hace calor, si hay sequía. Responde que sí, que no llueve, pero que

cuando llueve se vienen los caminos y se vienen las montañas.

—¿Por el pueblo pasan ríos?

—Hay dos quebradas: una que pasa cerca al hospital y otra por la plaza.

—Y cómo se llaman, ¿sabe?

Liliana le habla a alguien fuera del cuadro: que cómo se llaman las quebradas. Le responden. Ella responde:

—Caracol y La Desmotadora. Pero de caracol no tiene nada: cuando llueve la corriente es rápida. Cuando las quebradas se acuerdan de que tienen fuerza se alborotan.

Hago un chiste con el nombre La Desmotadora y, luego, rápido, continúo:

—Entonces usted nació en Dabeiba...

—No, yo nací en Tierralta, Córdoba, en un asentamiento urbano. Aquí, a Dabeiba, llegamos cuando tenía doce años... Pero, espere: yo no puedo seguir sin comprender algo: ¿Usted es escritor o periodista?

-Yina-

En la pantalla no puedo verla porque está a contraluz; se encuentra al frente de una ventana y afuera se ve el brillo del sol. Rompo el hielo con lo mismo: que si hace calor. Yina espicha la pantalla para enfocar y la luz se concentra en ella y se ve. Saluda, y que no: que no está haciendo tanto calor: que está fresco: que la oficina queda frente al parque, que tiene árboles grandes.

—¿El Parque Etnoeducativo?

—Sí, el Parque Etnoeducativo Laura Montoya.

—La santa, ¿cierto?

—Sí, una misionera en territorio: trabajó con comunidades indígenas y afro de Dabeiba; de por sí las misioneras de la Madre Laura todavía están aquí. Aunque también estamos nosotras... Nosotras somos las nuevas misioneras.

-Liliana-

—Mi mamá es de Ituango. La mamá de mi mamá recibía a los hombres de las mingas y les daba comida. Mi papá conoció a mi mamá allí, él era líder indígena. Se vieron. Mi papá habló con mi abuela. Mi mamá se fue con mi papá a Tierralta, de donde era él, a una comunidad embera. Cuando llegaron mi papá decía que eran primos: que no era su mujer. Luego nacimos y ella nos repetía —a mí y a mis hermanos— que nosotros éramos embera: que en nuestra lengua estaba el corazón de nuestras identidades, y que también en el pescado y el plátano... Poco a poco ella empezó a liderar procesos con la comunidad de Tierralta: les decía a las mujeres que ahorraran, sobre todo. Mi mamá estaba metida en procesos sociales, escuchando las historias de violencias y desplazamiento. Mi papá me llevaba a las asambleas y yo veía cómo votaban y elegían a los líderes. En esa época yo nunca supe que había algo más fuera de la comunidad. Yo hasta pensaba que la luna salía para mí, nada más. Un día mi papá se fue; él era revolucionario

y quedó sentenciado: y le tocó moverse: se fue a Dabeiba, donde vivían unos hermanos. Después de unos meses nosotros nos fuimos donde él estaba: a Monzhromando, que significa “río de piedras grandes”, un resguardo indígena embera de Choromandó, cerca de Dabeiba.

-Yina-

—Mi abuelo materno fue líder... en Córdoba; mi mamá nació allá. Un día la familia vino a Dabeiba, a pasear, a visitar a unos familiares, y se quedaron; se quedaron en la comunidad Llano Gordo, que no es llano: es un lugar muy montañoso. Nosotros vivíamos en el sector Filoseco; lo llamaban Filoseco por la escasez de agua: a mí me tocaba ir hasta el río, que quedaba a cuarenta minutos caminando... el río Antadó. Mis papás se conocieron aquí y aquí nacimos seis hermanos... En Dabeiba. Yo me crié con mi mamá. Sembramos caña, cacao, café, plátano, yuca, naranja, mandarina... Las familias solían cazar guaguas, armadillos y venados. Yo me subía a los árboles de guayaba, jugaba a la chucha escondida, a la pelota... a correr. Yo crecí viendo a la guerrilla: llegaban a las casas: las familias les daban comida o se quedaban un día o dos o tres; los líderes mediaban con ellos; muchas veces ellos ayudaban en los trabajos y hacían convites y jugaban con los niños. El Ejército también estaba en la zona y a veces acampaban cerca. Cuando tenía cinco años escuchamos un tiro; yo estaba con

mi mamá: estábamos comiendo. Corrimos hacia la casa de mi abuela paterna; cuando llegamos mi tío estaba en el piso. Había tres personas y uno estaba apuntando a mi abuela y ella decía, en embera, que podían matarla. A mi tío le habían disparado en la cabeza: la sangre estaba en el piso y yo me acuerdo de que lloraba mucho. Después de sepultarlo nos desplazamos a Acan-dí, en Chocó, donde otro tío; nos fuimos cinco hermanos y mi mamá.

-Liliana-

—En Choromandó había primos, primas, la esposa de no sé quién, que el esposo de la tía, que el abuelo paterno... Ay, no, era una cosa charra... ¡Había muchos niños! De repente todos eran familia y hablaban embera... pues, lo mismo, pero diferente: la 'k' la pronunciaban como 'ch': por ejemplo, en vez de *kidá* —diente— decían *chidá*, o en vez de *kirame* —lengua— decían *chirame*... Para la carne decían *chigurú* y no *chichi*, como decíamos nosotras... Esas cosas. De resto era parecido. Una solía brincar y ver esto y aquello. Sembrábamos plátano, yuca, maíz, arroz, chocolate... Había muchos cultivos y un río y serpientes. Cuando llegamos vivimos unos meses con mi papá, pero no funcionó: mi papá era mujeriego y alcohólico. Nosotras llegamos a Choromandó y en nuestra casa no había comida, él tenía otros hijos... Hubo reuniones con los líderes, pero no pasó mucho, entonces, al



final, mi mamá se fue, a escondidas, con nosotras. Empacamos y ese tambo quedó solo. Tenía once años.

-Yina-

—Fue horrible: había muchas culebras y muchas arañas y muchos alacranes... Uno me picó cuando íbamos al río y lloré toda la noche. En Acandí estuvimos seis meses. Cuando regresamos a Llano Gordo mi papá ya tenía otra familia, pero, igual siguieron —mi mamá y mi papá—; él empezó a golpearla, a insultarla. Luego ella se fue a Córdoba, en dos mil ocho o dos mil nueve, cuando yo tenía quince años. Yo no me fui con ella para terminar el colegio, estaba en noveno. Me quedé con mis hermanas menores, que ya tenían sus esposos.

-Liliana-

—La primaria la hice en Choromandó, en una escuela rural *kapunia* —no indígena—; era un lugar donde iban emberas y no emberas. Las clases eran en español y con cartillas. Para llegar teníamos que caminar veinte minutos. Cuando llegamos a

Dabeiba, al municipio, lo hicimos al barrio Alfonso López; ahí vivía mi padrastro, quien se encargó de nosotros, la verdad. Mi nuevo colegio quedaba en el barrio y ya no había cartillas. Recuerdo que me quedaba bloqueada, asustada, sin saber qué hacer en las clases; yo estaba acostumbrada a las planas y eso... ¡Qué pena! Todo era en español. Estudiábamos, interactuábamos con los otros pelados, hacíamos desfiles, actos cívicos, ejercicios... Había pocos emberas; era una educación *kapunía*: era un colegio de la Madre Laura: nos decían que bailáramos cumbia, que bailes indígenas... Nos disfrazábamos... Todo era dramatizado. Eso fue de sexto a noveno. Luego me pasé a la indígenista, que quedaba en el municipio, también, y para esa época mi hermanito mayor ya estudiaba ahí y ya era un referente, un líder: él tenía llaves del colegio, era el encargado de la alimentación... Era un colegio donde se iba una semana cada dos —una semana sí y otra no—; así los muchachos que vivían lejos, en sus comunidades, no tenían que hacer viajes diarios; muchos se quedaban en el colegio. Los estudiantes llevábamos comida de nuestros territorios y cocinábamos: llevábamos leña o plátano o yuca o *pedayuma*, que es un plátano cocinado. Había profesores embera y no embera. Hablábamos embera y nos pintábamos con jagua, hablábamos de los mitos, hacíamos ritos... Y había pelados que querían seguir con el legado o no. Allí empecé a formarme en lo que quería ser. Los profesores me decían que hiciera cosas, que

fuera a tal lugar, que ayudara en tal evento, y yo empecé como jve, se pueden hacer cosas! Empecé a dar y a recibir...

-Yina-

—Yo estudié con las misioneras, cerca de la comunidad, desde preescolar hasta quinto de primaria. Luego empecé en la indigenista, en Dabeiba: de sexto a once; recuerdo que tenía que caminar desde Llano Gordo, que eran tres horas de ida y otras tres de vuelta, y en el camino recogía mandarinas. La semana que iba me quedaba donde una tía política; ella me daba posada. Un día unas profesoras —que habían sido misioneras— me preguntaron que dónde vivía, yo les dije y ellas prometieron adoptarme cuando tuviera dieciocho años —eso dijeron—: que me recibían en su casa, en Dabeiba.

-Liliana-

—Yo recuerdo que a Choromandó iban los padres, los seminaristas, las monjas... Una vez fueron y me bautizaron. Yo tenía once años.

-Yina-

—Cuando llegué a la casa, donde las profesoras, me quedé llorando dos horas en el baño. Yo comprendía algo de español, no mucho, y todo el tiempo era en español: ellas me enseñaron, pero, igual, yo extrañaba el embera. Me enseñaron tecnología, también: y a tocar la flauta, la

guitarra... Ahí yo no podía jugar tanto, como lo hacía en la comunidad: no tenía tantas libertades: estaba muy encerrada. Unos meses después ellas me preguntaron que si quería ser de la congregación, ser misionera. Yo les dije que lo iba a pensar. Eso fue en diciembre: les dije que les respondía en enero y me fui donde mi mamá, a Córdoba. Cuando regresé les respondí: que no: que quería estudiar.

-Liliana-

—Yo quedé embarazada en décimo, en 2013; cuando me gradué mi hija tenía un año. Después de la graduación las profesoras me preguntaron que por qué no vendía chuzos en el estadio... como emprendimiento. Las profesoras Betty y Esperanza nos enseñaron a aliñar, y todo. Un día el viento pasó y nos tumbó la sombrilla y los chuzos. Ay, yo no sabía si correr o reír o llorar. El caso, otro día pasó una conocida... una conocida de los profes; me dijo: Liliana, ¿usted no está trabajando? Páseme su hoja de vida para auxiliar pedagógica y traductora. Yo era menor de edad y me tocó pedir permisos en el cabildo e, incluso, me tocó ir hasta Santa Fe de Antioquia por un permiso laboral. Hasta que me dieron el trabajo. Yo acompañaba a los profes *kapunia*, traducía, apoyaba cuando estábamos con las comunidades, recogía firmas... ¡Y caminábamos! Ay, ¡qué rico! Íbamos hasta los tambos y ellos nos recibían. Nosotros nos metíamos en comunidades de dos-tres horas

caminando y, para ese tiempo, yo decía: ay, tan rico: el sudor, los mosquitos, visitar las familias...

-Yina-

—En 2016 empecé a trabajar en una fundación; allí fui profe en una comunidad embera: se llamaba Estrechura. Trabajaba con veinte niños y adultos, desde preescolar hasta quinto. Para llegar allá tenía que caminar de dos a tres horas, de lunes a viernes, desde las siete de la mañana. Yo trataba de devolverme antes de la una porque, para esa época, estaban los paramilitares, que decían que no se podía transitar por esos caminos después de las seis de la tarde. Los sábados y domingos yo estudiaba, y por las noches descansaba. Yo casi que tuve a mi hija en la comunidad. Yo hacía el camino con ella, embarazada: pasaba la garrucha, subía una loma como de veinte minutos, para luego hacer la bajada de quince minutos; incluso, cuando la garrucha se dañaba, pasaba en polea sobre el río... por el río Mico Grande. Había profes que iban a comunidades a cuatro o cinco días. Al principio fue difícil, pues... me veían como una lideresa y me preguntaban qué hacer, y yo no sabía, entonces, empezamos a sembrar, a hacer brigadas de alimentación, a buscar organizaciones, a buscar rutas institucionales... Los líderes del cabildo me empezaron a buscar. Cuando terminé la maternidad querían enviarme a una comunidad lejana, y no: renuncié.

-Liliana-

—Yo entré a Comfenalco en 2022, en junio; entré como docente auxiliar, en la vereda de Alto Bonito, en Dabeiba; allí iba varios días a la semana: acompañaba a las mamás embarazadas y lactantes, y a los niños de primera infancia. Nuestra sede quedaba en una mini tacita, así de chiquita —junta las palmas de sus manos, haciendo un círculo con ellas— nos tocaba muy estrechas; luego nos dieron esta sede, en el parque Etnoeducativo. Nuestro trabajo es por un convenio entre el municipio y la caja de compensación. Desde hace un tiempo trabajo con tres grupos: uno de mamás y niños del barrio La Meseta, un barrio de invasión —allí voy los martes—; otro de mamás embarazadas y lactantes, que vienen a la sede —los miércoles por la mañana—; y otro con niños de hasta dos años, también en la sede —el miércoles por la tarde. Muchas de las mamás son indígenas, así que yo traduzco y conecto. Nosotros no trabajamos con actividades, sino con experiencias... ¿Y qué es hacer una actividad? Es hacer una pintura, dibujar, unas fotos, y ya. Aplausos. Y eso no trasciende... ¿Y qué es hacer una experiencia? —Liliana pregunta... Se queda en silencio, esperando mi respuesta. Pienso:

—¿Lo importante es el proceso y no el resultado?

—Sí. Cómo pintó, si se le dificultó subir el dedo... Son vivencias. ¿Cómo llegaron los niños? ¿Cómo sintieron la experiencia? ¿Cómo se relacionaron con...? ¿Qué vivieron? ¿Qué les

quedó? La pregunta final es: ¿Sí pasó por todo el cuerpo? Nosotros sabemos que ese “sentir” no es igual para todos, y también sabemos que no hay una manera buena y mala de sentir. El reto es acompañar la necesidad de cada niño y de cada familia.

-Yina-

—Yo empecé en Comfenalco el diez de junio de 2018, en la estrategia Gestación a dos años. Yo era auxiliar pedagógica. Empecé en la vereda Alto Bonito y en Llano Grande, donde había una zona veredal del proceso de paz, y había campesinos y excombatientes de las FARC. En Alto Bonito íbamos donde los emberas y los campesinos: íbamos dos días a la semana: una jornada era escolar, con todos los niños, y la otra era en casa, con toda la familia. Yo le traducía a la profesora y a los indígenas; eran unas cincuenta familias. Recuerdo que hablamos con el Cabildo Mayor y ellos nos dijeron dónde debíamos operar, con quiénes y de qué forma... Con los excombatientes fue distinto: cuando llegué, un día, me dijeron que íbamos donde unas nuevas familias, yo no sabía cuáles, y resultó que una de esas familias era de exguerrilleros, y luego otra y otra: hombres, mujeres y sus niños. Y, Juan, a mí me dio mucho miedo, ¿sabes? Había personas que yo reconocía. Me decían, ah, sí, profe, nosotros conocimos Llano Gordo. Y me decían, ah, sí, yo recuerdo que en esa vereda quemamos un bus.

-Liliana-

—Acabamos de terminar los encuentros con los niños: hicimos un mural... ¿Quiere ver cómo quedó? A ver... ¿Sí lo ve?

Liliana está en el primer piso; la cámara apunta hacia un patio: allí hay unos pliegos de papel pegados a la pared y, sobre el papel, manchas con pintura, manos, nombres, líneas...

—El mural dice más de lo que está ahí. Hubo algunas mamás que no participaron, otros niños en silencio, unas niñas que solo miraron... Estaba Hanna, que sonreía viendo su mano con pintura. No todas las mamás llegan igual a cada encuentro... tampoco los niños; muchos no dicen una palabra, se la pasan en silencio, y ya: y no está mal: son sus maneras. Cada forma de participar es diferente. Nosotros proponemos experiencias con ambientes sonoros, rituales, danzas, por ejemplo, y estamos atentas a lo que las mamás y los niños nos dicen... Se trata de sus voces y de sus cuerpos: su disposición: sus incomodidades, también. Ese es el reto: acompañar a cada uno desde sus necesidades: empoderar a las mamás, a las mujeres, y desde ahí darles amor, comprensión y ternura a los niños... Es que, por ejemplo, las mamás indígenas no juegan, pues... su relación no es desde el juego, y nosotras lo que hacemos es proponerles ese tipo de estímulos: cantar, acariciar y ellas verán si aceptan o no: nosotras no imponemos. Aquí vienen, a veces, hombres, y ellos dicen que les enseñaron

que a los niños solo hay que darles comida, y ya, que con eso es suficiente, y no: pues... les decimos que con eso no es suficiente. Nuestro objetivo es romper patrones de enseñanza: que a mí me criaron así. Son cincuenta familias, más o menos; la mayoría son madres no mayores de treinta y dos años, cabezas de familia, madres solteras, desplazadas, con Sisbén de pobreza extrema, viven con uno o dos o tres o cuatro hijos, no tienen casa propia, no hay ingresos estables, y están buscando formarse —sobre todo las no-indígenas.

Liliana empieza a hablar embera, en el plano se le ve el hombro derecho, parte del cuello y su cara —la mandíbula y a veces el ojo, nada más—; sigue sentada y su mirada va hacia arriba. Atiendo lo que dicen, trato de entender: aguzo: dicen «ayuda», «embera», «Liliana». El video muestra, sobre todo, una pared con ladrillos grises. Y me pregunto: ¿Cómo será la otra mujer? Ella parece quejarse: algo que no ha podido hacer: explica lo que ha hecho: que no se ha podido: que está cansada. Liliana dice: «Pero», «Luz Dary»... «Lo entiendo». Le habla del gobernador. Se ríen. ¿Será que, simplemente, se están contando algún chisme, alguna buena noticia? ¿Será que las estoy «interpretando» así porque hablan embera, y ya?, que la representación racial marca, incluso, lo que uno pueda imaginar del otro en conversaciones, en su lengua. Me siento mal. Pero, Luz Dary repite, «Liliana»... «Pero»... Y dice algo con la comisaría.

Imagino que Liliana le está explicando un proceso: que una carta, que la Fiscalía... Y todavía la pared, y escucho. Luz Dary habla y la imagino moviendo sus brazos, flaca, mayor de cincuenta años, con arrugas al lado de los labios, los pelos lisos y grises... Liliana le dice: «Listo, Luz Dary...» «Listo», y algo con coordinador y le da una hora: que a las once y media...

—Ya —veo a Liliana, de nuevo. No le pregunto sobre la conversación; ella dice: —Aquí puedo acompañar otros procesos fuera del trabajo, por el tema de la traducción... —piensa—: a veces los indígenas vienen y me dicen que soy una indígena chiviada: que no soy indígena; otras veces vienen los *kapunia* y me dicen que yo soy indígena. Y así voy: que si soy o no soy. Al final, yo decidí que eso no me define. Yo estoy en la mitad y desde ahí me muevo: puedo decir que soy embera, pero luego decir que soy *kapunia*... Gracias a eso es que he logrado acercarme a todas las comunidades y entender, sobre todo, a las madres y a sus hijos. Usted me preguntaba por la inclusión, bueno, a lo mejor es eso.

-Yina-

—En Llano Grande los hombres eran más participativos: recuerdo que hablaban de cabo y sobre la camaradería... Siempre utilizando sus alias. Después de unas semanas de compartir con ellos se fue quitando el miedo: las mujeres, poco a poco, por ejemplo, fueron entrando en historias

Juan Salazar Piedrahita

donde había mucha vulnerabilidad desde chiquitas: que mi papá me pegaba: que mi papá me violaba o que en la guerrilla tuvieron que abortar o entregar a sus hijos. Y conocer esas vidas y esas razones fueron sanándome: conocer esas voces y saber que ellas ya no querían seguir en la guerra porque querían que sus hijos fueran felices, pues... Lo mismo que yo quiero para mi hija. A lo mejor eso es inclusión, ¿no?





Juan Salazar Piedrahita

Escritor y periodista. Ganó el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar por el perfil La casa de un arquitecto (2014). En 2022 publicó el libro *La Perseverancia* (Corazón de Lobo Editores), sobre el barrio La Perseverancia, en Bogotá. Ha colaborado en medios como The Clinic, Jot Down, Altaír, Soho, Pesquisa y Radio Ambulante. También ha sido guionista e investigador de series documentales.

María Clara Serna

Ilustradora y diseñadora gráfica de Medellín con énfasis en la ilustración de espacios, naturaleza y animales. Su objetivo es reflejar el amor y resaltar lo bello en todo lo que ve, transmitir y crear experiencias que generen emociones a través del arte.

Este libro se terminó de imprimir
en agosto de 2024.

Medellín, Colombia